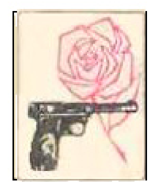


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

La muñeca peligrosa

Título un tanto chocante, e incluso paradójico, pues… ¿cómo puede ser peligrosa una muñeca? Claro, se podría pensar que se trata de una «muñeca» de carne y hueso, de las que en muchas novelas (y en la vida misma) en ocasiones dan disgustos a los hombres apasionados… y bobalicones. Pero no. Se trata de una muñeca de verdad, o sea, una muñeca de juguete infantil, a la que la señorita Brigitte Montfort tiene en gran estima, pues la ha ganado a tiros… La estima tanto, que se la lleva consigo en largo viaje cuando la CIA le encomienda cierta misión en Salamanca, un pequeño país suramericano que actualmente se halla dividido en dos, cada uno con su presidente y todo.



Lou Carrigan

La muñeca peligrosa

Brigitte en acción - 56

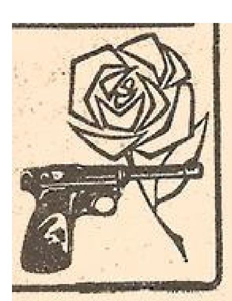
ePub r1.0

Titivillus 02.07.2017

Lou Carrigan, 1967
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

El propietario de la cabina de tiro al blanco estaba pálido… Primero, se había desesperado, al ver las cinco primeras dianas. Luego, enrojeció, cuando se produjeron las diez dianas, en la segunda tanda. Al producirse las quince, todas perfectas, su rostro se puso un poco verdoso…

Unas cuantas tandas más, y ya había contado treinta y tres dianas, todas seguidas. La ruina. Eso era: la ruina. Para él, aquello era una auténtica catástrofe. Y, de haber podido, hubiese palidecido aún más mientras contaba los premios que tendría que otorgar a quien tan excepcional, increíble, fantástica y maravillosa puntería estaba demostrando, ahora sobre blancos móviles, esto es, con premio triple.

Y a pesar de estar pálido y estar en invierno, el hombre empezó a sudar. La ruina. ¡La ruina absoluta de toda una semana de trabajo…!

A su alrededor se oían los gritos de las atracciones de Conney Island. Se veían cientos de luces de colores, crujían los mecanismos de las «montañas rusas», trepidaba el tren que hacía el recorrido por el «Túnel del Amor», la gente gritaba… Muy buena parte del público del parque de atracciones se había congregado delante de su cabina de tiro al blanco. Tanta gente, que no podía recurrir a ninguna treta para dejar de pagar los premios. Todos lo habían visto, todos aullaban cada vez que se producía una nueva diana, cada vez más difícil… El hombre estaba mareado por las luces, los gritos, las risas, el centelleo de las vagonetas del «Tobogán de la muerte»… Pero, sobre todo, por aquellos cuarenta y cuatro disparos que habían sido otras tantas dianas. Ya sólo faltaba el cuarenta y cinco disparo. Si fallaba, podría ahorrarse algún premio…

Y no. ¡Santo Dios, no! No había fallado.

Se produjo de nuevo aquel aullido admirativo de la multitud

cuando el balín cónico de plomo dio justo en el centro del blanco móvil, y la lucecita roja se encendió.

El hombre se acercó al mostrador, casi tambaleándose.

—¿Qui… quiere más… más tiros, señorita?

La espléndida muchacha morena de los enormes ojos azules lo miró irónicamente, pero con tanta simpatía, con una sonrisa tan dulce y amable, que el hombre pensó que todo estaba bien empleado.

—¿Cree que a usted le conviene que siga tirando, señor?

—Bueno… Si ése es su deseo…

—Lo dejaremos por hoy —rió la morena maravillosa—. ¿Qué tal si pasamos cuentas sobre mis premios? Creo que no he fallado ningún disparo.

El hombre de la cabina tragó saliva.

—No… Ninguno, es cierto.

La morenita de los ojos azules le hizo una seña confidencial con un hermoso dedito bien manicurado, y el hombre se inclinó, para que ella pudiese decir, quedamente, en su oído:

—Y eso que su escopeta está trucada, amigo.

El hombre abandonó su palidez para sonrojarse violentamente:

—Por favor… Por favor, señorita, se lo suplico…

—Es usted un tramposo.

—Se lo suplico… Éste es mi negocio… No hago mal a nadie… Vienen aquí, se divierten tirando un poco al blanco, se llevan algún premio pequeño… Miseria. Pura miseria, señorita…

—Granuja, granujilla… Está bien, seré discreta. ¿Okay?

—Okay… Y gracias… ¡Muchas gracias! Le… le daré sus premios…

Se apartó de la morena estupenda y empezó a señalar los diversos premios que la infalible tiradora había ganado en cuarenta y cinco disparos de menor a mayor dificultad. Por cada tanda de disparos sin fallo, un premio. Primer premio: una bolsa de chicles. Segundo premio: dos paquetes de cigarrillos. Tercer premio…

La gente aplaudía cada vez que se mencionaba el premio. Por dos dólares veinticinco centavos, la hermosísima tiradora iba a llevarse premios por valor de ciento diez dólares, más o menos, contando el reloj de pulsera…

—¿Quiere que le haga un paquete con ellos? —musitó el

hombre.

—No se moleste. Deme aquella muñeca, y en paz.

Un murmullo de asombro se extendió por la masa de curiosos. El gracioso dedito femenino señalaba una muñeca morena, de grandes ojos claros y piernas rectas y delgaduchas, peinada de un modo muy bien despeinado, con auténtica gracia.

Como máximo, la muñeca podía valer cinco dólares.

—¿Có… cómo…? —tartamudeó el hombre.

—Quiero la muñeca de trapo de los ojos azules. Sólo eso, sinvergüenza.

El hombre empezó a dar gritos, dando a conocer al público la decisión de la portentosa tiradora, que se conformaba con una muñeca de trapo cuando podía llevarse premios por valor de más de cien dólares… Cogió la muñeca del estante, la entregó, y empezó a lanzar elogios en favor de la morena, que le guiñó un ojo, se colocó la muñeca en un brazo y se alejó, abriéndose paso entre los curiosos, sonriendo y chupando el caramelo de palillo que había tenido en la boca en todo momento, como si aquello de tirar al blanco fuese cosa de niños.

Estuvo mirando a su alrededor antes de decidirse por la próxima atracción. Se acercó al puesto del «conejito sabio», y leyó el cartel que aseguraba que por una moneda de diez centavos el conejito entregaría el horóscopo de la semana al cliente.

Tiró la moneda de diez centavos, y empezó a reír cuando el conejito, completamente blanco y de ojos encarnados, la cogió, la escondió en su casita de madera, y luego estiró con los dientes uno de los horóscopos en el casillero número diecinueve. La morena reía como una niña, a pesar de que su aspecto no podía ser más completamente adulto. Ni un solo hombre de los que la contemplaban podía pensar en otra cosa que no fuese un weekend de cien años en compañía de la morena…

—¿Qué dice su horóscopo? —preguntó uno de los curiosos.

La morena se lo quedó mirando burlonamente. Era más bajito que ella, llevaba un gracioso sombrero de copa redonda, y sus pequeños ojos relucían astutamente.

—Pues dice… —La morena se apartó del grupo de gente, llevándose con ella al hombrecillo—. Dice que mi nombre es Brigitte Montfort, que tengo veintiocho años, soltera, libre como el

viento y que, además de ser una periodista excepcional contratada por el Morning News, soy la mejor espía del mundo, a las órdenes de la CIA, en cuyos archivos consto como la agente N. Y. 7117.

—Fantástico —musitó el hombrecillo—. Realmente fantástico… ¿Cómo ha podido saber tantas cosas ese conejo?

—Debe de ser un espía de la MVD soviética.

—¡Sssst…! Querida niña, no use palabras peligrosas. Esto no es cosa de broma. De verdad: ¿qué dice su horóscopo?

—¿Es que no me ha creído?

—Ni una palabra.

—Bien… Veamos… Dice: será usted una viejecita simpática, no llevará dentadura postiza nunca, y hasta los sesenta años podrá ir a las playas en bikini. Para esta semana, el mejor día es el viernes. Pero tenga cuidado, porque un hombrecillo pequeño y astuto está buscando el modo de fastidiarle la semana. Seguramente, querrá enviarla a cualquier lugar del mundo a jugarse la vida. Firmado: «El Conejito de la Suerte».

—Es un conejito muy listo, demonios…

—No sea mal hablado, tío Charlie. ¿Cómo me ha encontrado?

—Su doncella, la simpática y bonita Peggy, no tiene secretos para mí.

—Sólo los que yo le ordeno. ¿Es algo urgente lo que tiene que decirme?

—Relativamente urgente. Oiga, Baby, esta muñeca no es muy bonita, ¿verdad?

—Ah, los hombres… —se desalentó Brigitte—. Todos son igualmente necios. Sólo ven con los ojos.

—Para verla a usted más a gusto, me gustaría tener una docena de ojos. Pero la muñeca sigue siendo fea.

—Usted sólo ve su exterior, tío Charlie. ¿Se ha dado cuenta de la gran expresión que hay en sus ojitos azules?

—¿Gran… expresión? —musitó Charles Pitzer.

—Una gran expresión de bondad y de inteligencia. Se diría que esta muñeca está contenta con su destino.

—¿Qué destino?

—Pues ser solamente una muñeca, de modo que no tiene por qué participar en las suciedades del mundo. ¿A quién tengo que matar esta vez?

—A nadie. Al menos, de momento Usted siempre está pensando en cosas así, Brigitte. Parece como si la CIA sólo pensase en matar, y siempre la enviase a usted. ¿Acaso tiene otra crisis moral?

—No, no… ¿Quiere un caramelo?

—No. Pero la invito a champaña, si le parece bien.

—¿Dom Perignon 55? ¿Con guindas?

—Aquí no hay Dom Perignon 55 —gruñó Pitzer—. Ni guindas.

—Entonces, prefiero una digestiva y saludable agua tónica. Vamos a aquel puesto, ocupemos una mesa en la terraza-mirador, y mientras vemos cómo se divierte la gente y tomamos esa tónica, usted me cuenta lo que sea.

—¿Y bien?

—¿Conoce Salamanca?

* * *

—¿Salamanca? Déjeme recordar… Creo que el nombre proviene de España… Salamanca es el nombre de una de sus ciudades, capital de la provincia del mismo nombre. Después, tenemos otra Salamanca en Méjico, en el estado de Guanajato. Hay otra en Chile, otra en Perú…

—Le estoy hablando del Estado Independiente de Salamanca —masculló Pitzer.

—Oh… ¿Se refiere a esa nacioncita que hay en la parte septentrional de América del Sur?[1]

—Exactamente.

—Pues sí… Conozco Salamanca. Es decir, la conozco de nombre. Dada su proximidad a otros países de más importancia, imagino que será bastante parecida a ellos. Creo que tiene unos tres millones de habitantes. Son pocos… y mal avenidos.

—¡Justo! Pocos y mal avenidos. Desde hace un par de años, a pesar de la pequeñez de esa nación, se estableció una frontera interna, que delimitaba dentro del territorio nacional a dos Salamancas: Salamanca del Norte y Salamanca del Sur, cuyas capitales respectivas son Ciudad del Norte y Ciudad del Sur.

—Son niños jugando a personas mayores —sonrió Brigitte.

—Es posible. Pero cuando los niños se ponen a jugar con armas de personas mayores, la cosa puede acabar muy mal.

—¿Qué clase de armas? —susurró Brigitte.

—Bueno… No demasiado importantes: ametralladoras ligeras, morteros, granadas de mano, fusiles, pistolas, lanzallamas… Cosas casi inofensivas.

La espía de lujo de la CIA bebió un sorbito de agua tónica, encendió un cigarrillo y se quedó mirando la rueda iluminada de la noria, que giraba a buena velocidad.

—Salamanca: café, cacao, frutas tropicales, caña de azúcar, tres millones de habitantes divididos en dos bandos… ¿Qué es lo que pasa exactamente allá, tío Charlie?

—Están comprando armas.

—¿Los del Norte o los del Sur?

—Ambos.

—¿Cree que van a organizar una guerra civil?

—Hay países mayores que lo han hecho. ¿Por qué no ellos, los salmantinos?

—Claro… ¿Por qué no ellos? Y si se pelean, tío Charlie…, ¿de qué parte estaremos nosotros? ¿Del Norte o del Sur?

—Inicialmente, del Norte.

—Inicialmente… Claro, claro… Pero siempre haciendo las cosas de modo que podamos cambiar de bando en el momento oportuno, si así conviene. La CIA es así. Pero concretemos: va a haber guerra civil en Salamanca, y nosotros estamos de parte de Salamanca del Norte. ¿Qué más?

—Tendrá que ir a Salamanca, Brigitte. A Ciudad del Norte. Es la parte de esa nación donde parecen penetrar mejor las ideas democráticas. En la parte Sur, los comunistas nos están ganando la partida.

—Y nosotros tenemos que evitar que gane la parte Sur y toda Salamanca se una y sea comunista. Por tanto, ayudaremos al Norte a ganar la guerra. ¿De qué modo?

—Quizá vendiéndoles armas. Por lo menos, Alicia Rosales irá a Salamanca del Norte a vender armas.

—¿Yo soy Alicia Rosales?

—Sí. Nacionalidad, peruana; residente en Nueva Orleans; de profesión, turista.

—Una personalidad bastante rutinaria. ¿Qué clase de armas se supone que puedo vender?

—Tiene un ramo de rosas rojas en su apartamento. Y un sobre debajo de las rosas. Allá está todo explicado, el pasaporte, el pasaje para el vuelo trescientos cuarenta y siete de la TWA mañana a las diez… Todo explicado.

—¿Ya no tenemos nada más que hablar?

—Todavía algunas cosas. Quiero estar seguro de que se da cuenta de la situación, respecto a la rivalidad entre Salamanca del Norte y del Sur. Y de lo conveniente que sería para nosotros que si llega a estallar esa guerra civil, la gane el Norte. Con tal fin, vamos a apoyar al dirigente del Norte. Se llama Álvaro de Morales, y, según parece, es una persona de recio carácter, gran inteligencia y mucha sabiduría política. Nos interesa el hombre. Y, sobre todo, insisto, nos interesa que si hay guerra la gane él. No sería mala cosa que toda Salamanca se fusionase definitivamente. Si eso ocurre, queremos que sea Álvaro de Morales quien mande en ese país, no sus oponentes del Sur.

—Entendido. ¿Deberé ver al señor De Morales?

—Sin duda, puesto que irá a ofrecerles armas para esa guerra.

—Bien… No parece una misión demasiado complicada…

—La cosa está ligeramente complicada. Ocurre que hay un hombre, llamado André Limoux, que ya está camino de Salamanca, con el propósito de venderle armas a Álvaro de Morales. El tal Limoux es un contrabandista de poca importancia, y nos desagradaría mucho que De Morales le comprase las armas a él. Hasta tal punto que, si es necesario, nosotros se las regalaremos.

—Grandiosa generosidad la de la CIA —murmuró Brigitte—. Y muy sorprendente, tío Charlie. Creía que después de lo de Bahía de los Cochinos habíamos escarmentado.

—No se trata de apoyar físicamente una invasión… Sólo de… apoyarla… discretamente. Si Álvaro de Morales necesita armas, nosotros se las daremos. No obstante, siempre sería mejor que De Morales no tuviese pleno conocimiento de la intervención de la CIA, por si resultase un hombre con excesivo amor propio. Por eso, preferiríamos que comprase las armas. Eso salvaría su orgullo… y nuestras conveniencias políticas en ese país dividido en dos pequeñas mitades.

—Procuraré venderle las armas al señor De Morales. Claro está, tendré un competidor, ese hombre llamado André Limoux. ¿Cómo

es él?

—Tiene una foto en el sobre que…

—No pregunto por su aspecto físico.

—Ah… Bueno… Es canadiense, según creemos. Un hombre audaz, arrogante… Un cosmopolita divertido…

—¿Divertido? —sonrió Brigitte.

—Un hombre de mundo, muy agradable.

—¡Vaya! Una adecuada réplica para la agente Baby… ¿No es así, tío Charlie?

—Lo parece. Pero tenga cuidado con él. Es un tío listo, se lo aseguro. Un granuja de los más listos. Hasta ahora, siempre se las ha arreglado para salir con bien de todos los líos. Es un descarado.

—¿Un descarado? —rió Brigitte—. No entiendo.

—Uno de esos tipos que si se entera de que usted lo está buscando, por ejemplo, se dedicará exclusivamente a pasearse delante de sus narices. No hace mucho, dos de nuestros agentes en Guatemala tuvieron un pequeño tropiezo con él. Le ganaron por la mano, pero Limoux, en lugar de retirarse, se dedicó a gozar de la vida y del sol, fumando cigarros cubanos y quitándose el sombrero a cada momento…, porque a cada momento se cruzaba con los agentes de la CIA que lo habían… apartado del asunto. Cuando decidió marcharse, les envió una nota que decía: «Han sido más listos y granujas que yo. Felicidades. André Limoux».

—¡Estupendo! —Brigitte se echó a reír alegremente—. ¡Estupendo de veras, tío Charlie! ¡Me gustará mucho visitar Salamanca! ¿Ha dicho que Limoux está ya camino de Salamanca?

—Llegará esta noche, seguramente. Y tiene una *suite* de tres habitaciones para él solo, en el hotel Espléndido. El mejor de Ciudad del Norte, por supuesto.

—¡Qué hombre tan maravilloso! ¿Están seguros de que ha ido a Salamanca a venderle armas a Álvaro de Morales?

—En un noventa y nueve por ciento. Hay también una mujer en el asunto…

—Eso ya no me gusta.

—Se llama Walkiria López. Es salmantina. Una hermosa mujer, de gran prestigio en Salamanca del Norte.

—¿Vieja?

—Unos veinticinco años.

—Una niña —musitó Brigitte—. ¿Qué clase de persona es?

—Cualquiera sabe. Lo que sí sabemos es que ha estado en Miami, y allá se ha entrevistado con André Limoux el contrabandista de armas. Ella ha regresado ya a Salamanca, y Limoux no tardará en llegar. Desde luego, Walkiria López es una de las personas cuya altura social la coloca muy a menudo en contacto con Álvaro de Morales.

—Ya veo… Es posible que De Morales la haya enviado a ella a Miami para tratar con André Limoux respecto a la compra de armas.

—Exacto.

—Hay algo que no comprendo, tío Charlie. ¿Por qué interviene la CIA?

—¿Qué? —farfulló Pitzer.

—Ese Limoux está dispuesto a venderle armas a Álvaro de Morales. Entonces, ¿por qué tengo que ir yo? Aunque la CIA no interviniera. Salamanca del Norte contaría con las armas que les venderá Limoux, ¿no es cierto?

—No nos fiamos de Limoux.

—¿En qué sentido? —se asombró Brigitte.

—Es un granuja sin escrúpulos.

—¿Y…?

—Es posible que no tenga armas, y que sólo pretenda estafar a Álvaro de Morales. En ese caso, Salamanca del Norte perdería la guerra con Salamanca del Sur, lo cual…

—Lo cual no interesa a la CIA —rió Brigitte—. ¿Sabe, tío Charlie, que ese André Limoux me está resultando simpático?

Charles Pitzer se permitió un destello irónico en sus astutos ojillos.

—Es usted muy dueña de sentir simpatía por él, Baby. Incluso puede sonreír cuando él la mate; lo cual intentará en cuanto sepa que usted es su rival en el negocio.

—¿Tan malo es? —sonrió ahora Brigitte.

—Ni malo, ni bueno, supongo. Como usted: hace lo que tiene que hacer.

—Ya es bastante —susurró la espía—. Está bien: iré a Salamanca. Estoy impaciente por conocer a André Limoux.

* * *

Era moreno, con los ojos negros, grandes, rasgados, muy brillantes. Tenía una estupenda sonrisa cordial, simpática. Posiblemente, acababa de cumplir los treinta años. Musculoso, atlético, elegante, desenvuelto… Un cínico simpático.

Brigitte pasó la fotografía de André Limoux y se quedó mirando la de Walkiria López. Rubia, ojos claros, bonita, joven, con un cuerpo elástico y de formas casi generosas… Tenía la boca grande, con un rictus sensual que no le gustó a Brigitte. También parecía un poco cínica, pero ni mucho menos con la simpatía de Limoux.

La espía de lujo de la CIA también tenía una *suite* de tres habitaciones reservada en el hotel Espléndido de Ciudad del Norte. Y un pasaje de avión, y una libreta con instrucciones y datos complementarios, tan perfecta y cronológicamente explicados como siempre. Por fortuna, su memoria no tenía jamás un solo fallo, y disponía de varias horas para aprenderse el contenido de aquella libreta…

Peggy, su única y fidelísima doncella, encargada del lujoso apartamento en la Quinta Avenida neoyorquina, entró en el *living* con la bandeja del café, que dejó en la mesita, delante de Brigitte, que estaba en deshabillée, con su querido Cicero dormitando en la falda, lugar predilecto del perrillo chihuahua que un día le regalara Frank Minello. Al oír el sonido de las tazas, Cicero alzó sus orejitas y lanzó un gruñido de disconformidad.

Brigitte sonrió y le rascó distraídamente detrás de las orejas.

—¿Has llamado al señor Grogan, Peggy?

—Sí, señorita. Dice que ya no tiene fuerzas para discutir con usted. Que vaya a donde quiera…, pero que le traiga un buen artículo. ¿Equipaje de verano o de invierno?

—De verano. Y no gran cosa.

—¿Le preparo la bolsa de Cicero?

—No, no… Lo dejaré aquí —sonrió dulcemente—. No espero tardar más de un par de días en volver.

—Muy bien. ¿Qué hago con la muñeca?

—¿Qué muñeca?

—La que ha traído usted de Conney Island…

—Ah… Guárdala en… No. La llevaré.

—¿La llevará?

Brigitte quedó pensativa, fruncido graciosamente el ceño. Miró su relojito de pulsera…

—Tengo tiempo de… Sí, la llevaré, Peggy. Ya sé que soy mayorcita para jugar con muñecas, pero… Bueno, no creo que haya ninguna ley que prohíba viajar con una muñeca.

Capítulo II

El avión de la TWA tomó tierra en el pequeño aeropuerto de Ciudad del Norte casi a las cinco de la tarde, en una escala de quince minutos, que sólo efectuaba cuando algún pasajero tenía que descender allí.

Y en aquella ocasión sólo descendió un pasajero del avión. Es decir, una pasajera. Llevaba una maleta, que recogió allí mismo; y un maletín rojo con florecillas azules estampadas; y una muñeca de cabellos rubios y largos y ojos azules.

—¿Es usted de USA, señora? —Oyó en inglés.

La espía se volvió, sonriendo, y se quedó mirando al hombrecillo de cabellos blancos y lacios, gran bigotazo que casi tapaba su boca y unos diminutos ojos negrísimos que relucían con una expresión de buen entendedor de mujeres. Llevaba unos pantalones blancos, sandalias, sombrero de paja y una camisa roja. Quizá tendría sesenta años.

—En efecto: soy de USA —rió Brigitte—. Made in USA. ¿Por qué?

—Para saber si le cobro en dólares o en pesos salmantinos.

—¿Y… qué es lo que tiene que cobrarme usted?

—El acarreo de su equipaje hasta el hotel… ¿No?

—De acuerdo. ¿Cuánto va a cobrarme?

—¿Veinte dólares?

—Cinco —sonrió Brigitte.

—Bueno. Que sean cinco. Pero no se lo diga a nadie.

—¡Trato hecho! —volvió a reír la espía—. ¿Tiene usted coche?

—¿Para qué? Ciudad del Norte es pequeña y bonita. Los coches la afearían. Y los turistas y los indígenas nos veríamos privados del placer de pasear. ¿La llevo al hotel Espléndido?

—Desde luego.

—Perra vida —masculló el vejete, ahora en español—. Una

señora que va a ese hotel, y regatea unos cuantos dólares a un pobre viejo…

—Hablo el español, señor —rió otra vez Brigitte—. Se lo digo para que no se… desate su lengua. No me gustaría oír palabras malsonantes.

El vejete la miró de arriba a abajo, con dignidad ofendida.

—Paco-Pepe nunca dice palabras de ésas, señora.

—Señorita —corrigió Brigitte—. ¿Cómo dice que se llama usted?

—Paco-Pepe.

—¿Y por qué ese nombre tan raro?

—Mire, señorita, por cinco dólares no pienso contarle la historia de mi vida. Sólo llevaré sus maletas. ¿Bueno?

—Bueno.

* * *

Para sorpresa de Brigitte, ningún botones del hotel se acercó a hacerse cargo de su maleta. Fue el vejete quien la sostuvo mientras ella firmaba en el registro tras darse a conocer. Y fue el vejete quien se hizo cargo de la llave y subió con ella la escalera hasta el segundo y último piso del hotel Espléndido. Y fue él quien abrió la puerta de la *suite* de tres habitaciones, con terraza con vistas al mar.

Ya dentro de la habitación, dejó la maleta en el suelo y tendió la mano.

—Cinco dólares, señora.

—Señorita. Dígame una cosa, Paco-Pepe: ¿es usted del hotel?

—Casi. Todo el mundo conoce a Paco-Pepe en Ciudad del Norte. Y en Ciudad del Sur. Y en todos los rincones de Salamanca. Soy amigo de todos, y me dejan ganarme la vida…

—Ah… Magnífico y bondadoso país éste, Paco-Pepe. Ahí van sus veinte dólares.

—Muchas… ¡Veinte dólares! —exclamó el vejete.

—¿No es ésa su tarifa?

Paco-Pepe se quedó mirando a Brigitte. Por fin, movió los bigotazos hacia un lado y la señaló con un dedo.

—La quise engañar, señora.

—Señorita. Y sé muy bien que su tarifa era exagerada. Apuesto a que creyó que yo era una mujer tonta, y que pagaría sin rechistar.

—Eso creí. Desde pequeñín, hace de eso muchos años, sé que todas las mujeres hermosas son bastante tontas. Pero siempre hay tiempo de aprender cosas nuevas.

—Exactamente, Paco-Pepe.

—Bien… Gracias por los veinte dólares, señora… Señorita, perdón. Y si quiere le cuento la historia de mi vida.

—¿Es muy larga?

—Calcule… Con sesenta y cuatro años, siempre se tienen muchas cosas que contar. Pero a usted voy a resumírsela. Aquí está mi historia: nací en Salamanca, vivo en Salamanca y pienso morir en Salamanca. ¿Qué tal?

—¡Formidable historia! —estalló en risas Brigitte—. Ahora sólo falta que me diga por qué lo llaman Paco-Pepe, y lo sabré todo sobre usted.

—Pues es muy sencillo. Me llaman así porque mi nombre es Francisco José. Pero alguien dijo que ése era nombre de emperador, y que no me sentaba muy bien. Entonces, yo dije: «Bueno, pues llamadme Paco-Pepe Maravillas».

—¿Maravillas? ¿Por qué?

—Porque es mi apellido.

—Ah… Paco-Pepe Maravillas… Me gusta. Resulta simpático.

—¿Verdad que sí? —sonrió Paco-Pepe.

—Muy simpático. Dígame, Paco-Pepe, ¿usted sabe si ha llegado algún cliente nuevo al hotel antes que yo?

—Paco-Pepe lo sabe todo. ¿Se refiere al francés, o canadiense?

—Su nombre es André Limoux.

—Pues llegó anoche. Es un señor muy estupendo… ¿Lo persigue usted para casarse con él?

—¿Cree que eso sería negocio para mí?

—Mmmm… Quizás. Pero sí es seguro que sería negocio para él. Y hasta para mí…, con su permiso.

—No sea fanfarrón, Paco-Pepe —rió la espía.

—¿Lo dice por mi edad? Bueno, no me dé oportunidad, porque… Ejem… ¿Puedo servirla en algo más, generosa señora?

—En nada más, por el momento. ¿Qué habitación tiene el señor André Limoux? Paco-Pepe frunció el ceño.

—La nueve, me parece.

—Bien… Adiós, Paco-Pepe.

—Adiós, señora.

—Señorita. Ah, todavía otra cosa: ¿cómo puedo ir de aquí a la finca del señor De Morales?

—¿De Álvaro de Morales? —Abrió mucho los ojos Paco-Pepe.

—Sí.

—Pues… Andando. O en bicicleta. En el hotel tienen unas cuantas, para prestarlas a los clientes. Si no conoce el camino, por veinte dólares yo le puedo…

—Ya preguntaré. Y me saldrá más barato. No sea abusón, Paco-Pepe.

—Usted disimule, señora.

—Señorita. *Ciao*?

—¿Qué?

—Le pregunto si se marcha ya.

—Ah… Sí, claro. Que usted se conserve tan linda.

—¡Muchas gracias! —rió una vez más la espía.

Cerró la puerta, se dejó caer en un sillón y encendió un cigarrillo.

Bien. Ya estaba en Salamanca, el pequeño país de las palmeras junto al mar, café, tabaco, cacao, frutos tropicales, caña de azúcar… Tres millones de habitantes. Y eso era todo. Todo. Y tan sólo por eso podía organizarse allí una guerra civil… Afortunadamente, Baby Montfort había llegado Para impedirlo. No sabía cómo, pero lo impediría… Aquél era uno de los trabajos que verdaderamente le gustaban: nada de matar. Al contrario, salvar vidas, poner paz, arreglar las cosas… Eso era en verdad lo suyo.

Estaba contenta.

Acabó el cigarrillo, se dio una rutinaria vuelta por la *suite* y se felicitó por no encontrar ningún micrófono. Estaba harta de todo aquello. Claro que a veces era necesario utilizarlos…

Abrió su maleta, sacó sus cosas y las fue colocando en el armario, de madera color paja, con florecitas azules. No le gustó, pero era un detalle sin importancia. Abrió el doble fondo de la maleta, se aseguró de que llevaba allí sus «trucos» técnicos proporcionados por la CIA, y luego repasó también el maletín. Por último, se quedó mirando la muñeca que había ganado al tiro al blanco.

«No sé por qué he tenido que traerla… —pensó—. Es evidente

que no voy a necesitarla».

La colocó sentada en la cabecera de la cama, con los rectos brazos teñidos de color rosa tendidos hacia delante, y le arregló un poco los cabellos amarillentos. Era simpática. Ojalá no la necesitase.

Se desnudó y entró en el cuarto de baño. En aquel clima sobraba el agua caliente. Se metió en la bañera y abrió el grifo de la fría, lanzando un gritito cuando el chorro fresco se deslizó entre sus senos… Poco después, estaba sentada en la bañera, con el agua hasta el cuello y jugando con el agua que caía, como una niña, cubierta de espuma sonrosada de su propio gel de viaje.

De pronto quedó inmóvil, tras ladear vivamente la cabeza hacia la puerta. Habría jurado que… No. No oía nada. Pero le había parecido… Su mirada se desvió hacia el taburete, donde solía dejar siempre su pistola de cachas de madreperla, cuando se bañaba fuera de su apartamento. Sin embargo, en algunas ocasiones, como la presente, se desnudaba en la habitación, en el dormitorio. Sobre todo, cuando hacía mucho calor… Y entonces se dejaba la pistolita con las ropas, sobre la cama…

De nuevo se quedó escuchando, mientras su mirada iba de un lado a otro del cuarto de baño, en busca de algo que pudiese ser utilizado como arma defensiva…

La puerta del cuarto de baño se abrió, silenciosamente, y un hombre quedó en el umbral, mirándola amablemente. Encendió un cigarrillo, apoyó un hombro en el marco y cruzó los brazos.

Era alto, fuerte, atlético, elegante. Llevaba unos pantalones blancos, zapatillas de paja trenzada y un delgadísimo jersey de hilo, marrón, de manga corta y cuello abierto. Sonreía tan simpáticamente, que Brigitte también sonrió. Entonces, la sonrisa del hombre se ensanchó, como quien se ve libre de una molesta duda.

Suspiró alegremente, se sentó en el taburete, junto a la bañera, y pareció decepcionado por la espuma que ocultaba la anatomía de la morena de los ojos azules.

Pero continuó sonriendo.

—Hola… —dijo—. Hace calor en este país, ¿verdad?

Capítulo III

—Mucho calor —asintió Brigitte.

—Mucho, mucho… Es lo que yo digo siempre: donde haya unas buenas montañas llenas de abetos y de nieve, que se quite todo lo demás. ¿No está de acuerdo?

Brigitte sacó un piececito por entre la sonrosada espuma y se quedó mirando las uñitas esmaltadas en color rosa.

—Pues no… No estoy de acuerdo. Francamente, prefiero los lugares tropicales. Son más… exóticos, más alegres.

—Pero menos bellos.

—Bueno… Son opiniones. ¿No le parece que ya necesito pintarme de nuevo las uñas?

—A ver, a ver… Pues no. Yo diría que están perfectas. Parece usted muy exigente consigo misma.

—Es el único modo de triunfar. Dejemos que los demás sean perezosos y descuidados, pero nosotros estemos siempre alerta, hasta en el más pequeño detalle. Habrá podido usted comprobar que un pequeño fallo puede ocasionar graves disgustos. Si no me mata, espero que me devuelva mi pistola al marcharse. La tengo en mucha estima.

El visitante sonrió, cada vez más alegre y divertido según parecía. Metió la mano entre el pantalón y la carne, por la parte de los riñones; cuando la mano quedó de nuevo visible, la pistolita de cachas de madreperla estaba en ella. Se la quedó mirando con curiosidad.

—Es un bonito cacharro. Se lo digo porque entiendo de estas cosas… El silenciador está montado de origen, ¿no es cierto?

—Es cierto. Cuando se dispara esa pistola, apenas se oye nada… Es la más silenciosa que he visto jamás. Y ya que hablamos de armas y de disparos…, ¿puedo pedirle un favor?

—Naturalmente…

—No dispare hasta que haya terminado de bañarme. Odio las cosas hechas a medias, y me fastidiaría mucho que me encontrasen a medio bañar, llena de jabón…

—Huele muy bien. Muy suavemente, como… como a fragancia de flores secas. Exquisito gusto, en verdad. Ese gel parece yanqui, ¿no es cierto?

—Lo es.

—Pero usted, según consta en el registro del hotel, no es norteamericana. En cambio, y siempre contradiciéndose, aseguró al llegar que era de USA. ¿Cuál es la verdad?

—La de mis documentos.

—Ah… Magnífico detalle. Entonces, se llama usted Alicia Rosales, es peruana, residente en Nueva Orleans, y está en Salamanca de vacaciones.

—Sabe usted mucho de mí, señor.

—Hay que corresponder, ya que, según entiendo, usted también sabe algo de mí.

—Ese Paco-Pepe es un charlatán. ¿No cree, señor Limoux?

—No, no —negó enfáticamente André Limoux—. Nada de eso. Paco-Pepe es un tío simpático, muy serio y discreto. Lo que ocurre es que no sé por qué tonto motivo siente simpatía hacia mí, a pesar de que me conoció anoche por primera vez. Además, no crea que me vino con el chivatazo de buenas a primeras, no… Sólo fue al registro y preguntó: «¿Verdad que el señor Limoux tiene la *suite* número nueve, Leocadio?» Leocadio le dijo que sí, y entonces yo me acerqué a Paco-Pepe y le dije que por qué preguntaba esas cosas. Y él ha contestado: «Por nada personal, señor. Es que la chica yanqui me lo ha preguntado, yo le he dicho que la nueve, pero quería asegurarme, por si tenía que rectificarle el informe. ¿Es amiga suya, señor?». Yo le he dicho que sí era amiga mía. Pero como no tenía ni idea de quién podía ser, pues Leocadio me ha permitido examinar su hoja de registro. Y entonces he visto sus datos: Alicia Rosales, peruana, etcétera, etcétera… Sólo que yo estoy pensando ahora, aunque usted hable tan magníficamente el español, que no es peruana. ¿Me equivoco?

—Es posible.

—Tampoco creo que se llame Alicia Rosales. Y estoy seguro de que jamás en mi vida la había visto antes. De ser así, nunca la

habría olvidado. Por lo menos, su bella carita de querubín, con esos ojos tan dulces… ¿Qué tal está de lo demás?

—¿De cuerpo? —sonrió Brigitte.

—Sí, sí, de figura. De formas por aquí y por aquí, ya sabe…

—Creo que estoy colosal, señor Limoux.

—¡Estupendo! Pero espero verlo pronto… ¡Y ojalá no me haya engañado!

—¿Va a quedarse aquí hasta que termine de bañarme?

—Hasta que esté completamente vestidita… Pero muy respetuosamente, desde luego; Soy un caballero, señorita Rosales.

—Pues se está comportando como… un granuja.

—Sí… Sí, es cierto. Lamentable, ¿verdad? Pero es simple instinto de conservación: siempre que me entero de que alguien va armado me pregunto si querrá utilizar su arma contra mí. Con más motivos me lo pregunto cuando esa persona se interesa por mi simpática persona… ¿No le parece razonable?

—Lo admito.

—¿Nos conocíamos de antes, señorita Rosales? Quiero decir: ¿me conocía usted de algo…?

—De oídas.

—Ah…

—¿De veras no piensa perderme de vista?

—Absolutamente de veras.

—Bien… Es que tengo que vestirme.

—Si me permite, la ayudaré. ¿La toalla?

—Sí, por favor.

Brigitte dejó escapar el agua de la bañera. Luego se puso en pie y se dio una breve ducha para acabar de quitarse el jabón. Entonces cogió la toalla que André Limoux le tendía solícitamente y se secó las orejitas.

—¿Asombrado, señor Limoux?

—¿Asombrado? ¡Francamente fascinado, es la palabra exacta! ¿Me permite? Puede resbalar y hacerse daño…

Le tendió la mano izquierda. Brigitte se sujetó a ella, salió de la bañera y se envolvió en la gran toalla de colores. Salieron los dos del cuarto de baño, y la espía internacional se dirigió hacia el lecho, sobre el cual se veía la ropa que pensaba ponerse: una breve faldita blanca y una blusa de color violeta.

—¿Eso es todo? —preguntó Limoux.

—Mientras haga sol, sí. De noche me abrigo un poco más, con otras dos prendas.

—Maravilloso… ¿Puedo sentarme?

—Por favor —sonrió Brigitte.

El canadiense inclinó la cabeza y se sentó en uno de los silloncitos del dormitorio. Brigitte acabó de vestirse, sacó el paquete de cigarrillos del bolsito y se acercó a él, ofreciéndole.

—Gracias —aceptó Limoux—. ¿Quién le habló de mí?

Brigitte ahuecó sus cabellos, se miró en el espejo del tocador y cogió el peine.

—Quizá tendría que cortarme un poco el cabello, ¿no cree?

—No, no… ¡De ninguna manera! Sería un crimen, un atentado contra la belleza.

—Eso he pensado a veces. Y por eso me resisto a cortármelo, a pesar de no estar muy a la moda.

—¡La moda! —exclamó despectivamente Limoux—. Eso se queda para las viejas damas, o para jovencitas sin personalidad. Una mujer como usted puede vestir y peinarse como mejor le plazca.

—Muy amable, señor Limoux. Pues me hablaron de usted algunas personas que merecen mi confianza. Concretamente, mis jefes.

—¿Tiene usted jefes?

—Por supuesto.

—Me decepciona. No hay nada en el mundo por lo que merezca tanto la pena luchar como la independencia.

—No todos tenemos su categoría personal, señor Limoux.

—Ah, eso es cierto. Sin embargo, usted merece tenerla. ¿A qué se dedican sus jefes, señorita Rosales?

—A diversos negocios.

—¿Entre ellos la venta de armas?

—En ocasiones. ¿Es usted un buen deportista, señor Limoux?

—Creo que sí… No estoy seguro.

—¿No le gusta la competencia?

—En los deportes, sí, porque es lo que da diversión y gracia a la cosa. Pero en los negocios la competencia me fastidia bastante.

Brigitte acabó de peinarse y se volvió hacia el canadiense,

sonriendo, pero con una expresión de alarma, de vigilancia, en los bellísimos ojos.

—¿Me devolverá mi pistola? —musitó—. Le aseguro que no es una muestra para la venta, sino de uso exclusivamente personal.

Limoux sonrió irónicamente.

—¿No cree que sea capaz de disparar contra usted, Alicia?

—¡Claro que sí! Pero no ahora, y aquí, a media tarde… No creo que sea usted tan… tosco, André. Es decir…, espero que no lo sea. Lo deseo de todo corazón. La vida es hermosa.

André Limoux se puso en pie y tiró la pistolita a las manos de Brigitte. Pareció gratamente sorprendido cuando la espía, tras atraparla hábilmente en el aire, la dejó con toda naturalidad sobre el tocador, sin evidenciar la menor intención de desquitarse del susto que, ambos lo sabían, se había llevado al principio de la entrevista.

—En efecto —sonrió el canadiense—: la vida es hermosa. Por eso, me parece una tontería jugársela por insignificancias. Estoy seguro, ma petite, de que habrá muchos otros lugares en el mundo donde usted podrá colocar sus… mercancías. Salamanca es un bonito país… Lástima que su estancia aquí tenga que ser tan breve, ¿verdad?

—¿Breve? —sonrió Brigitte.

—Oh, sí… Estoy seguro de que su estancia en Ciudad del Norte es una simple escala de horas en su vuelo hacia el sur del continente. Apostaría algo a que tomará el avión que toca tierra aquí a las diez y cuarto de la noche y despega a las diez y media. De hoy mismo, claro… ¿Ha estado alguna vez en Paraguay, por ejemplo?

—No.

—Pues no se pierda la ocasión de conocer la capital. Es una ciudad alegre y nostálgica a la vez, con una cierta… tristeza romántica que resulta casi alegre… No sé si me comprende…

—Lo comprendo muy bien, André.

—Estupendo, ma petite. Adiós… Ah, le deseo un feliz viaje.

—Muchas gracias.

—Pas de quoi… Ha sido un placer conocerla… Y me gustaría que volviésemos a vernos en circunstancias… personales, sin que los negocios estropeen las cosas.

—Quizá nos veamos en Paraguay.

—Claro —parpadeó sonriente Limoux—. ¿Por qué no?

—Entonces, podemos despedirnos diciendo: «¡Hasta la vista!».

—¡Hasta la vista! —rió el canadiense—. Oh, no se moleste en acompañarme a la puerta de su *suite*… Conozco el camino. Ah, si quiere daré orden en conserjería de que reserven telefónicamente su pasaje para el vuelo.

—No, no… Iré yo misma al aeropuerto, en bicicleta. En algo tengo que distraerme durante estas horas, ¿no?

—Naturalmente. *Au revoire*?

—*Au revoire*! —rió Brigitte.

* * *

—¿Sabe? —dijo Paco-Pepe, guardándose los dos billetes de veinte dólares—. ¡Usted me está resultando tan simpática como el señor Limoux!

—Eso me halaga mucho, Paco-Pepe.

—Supongo que se dieron un abrazo de viejos amigos.

—Más o menos… ¿Hará lo que le he pedido?

—Claro… El viejo Paco-Pepe es un hombre muy serio. —Dio un par de vueltas al sobre que le había entregado Brigitte—. Llevaré lo más pronto y deprisa posible esta carta al señor De Morales. ¿Lo conoce usted?

—Todavía no. Por eso le suplico una entrevista.

—Ya entiendo… Bueno, como aquí, en el sobre, pone eso de «estrictamente personal», pues he pensado que lo conocía. Don Álvaro es un gran hombre.

—¿Le resulta simpático a usted? —sonrió la espía.

—Mucho. Es de la clase de personas que el viejo Paco-Pepe valora de un solo vistazo. Eso, aparte de que no es mucho más joven que yo, y lo conozco de chiquitín. Es lo que yo llamo un patriota.

—¿En qué sentido?

—Pues igual que yo: ha nacido en Salamanca, vive en Salamanca, y morirá en Salamanca. Los dos adoramos Salamanca, y la servimos. Él de un modo y yo de otro, claro.

—¡Sin duda! —rió la espía—. ¿Tardará mucho en llevar la carta

a su residencia?

—Iré ahora mismo. No es frecuente que aterricen aviones en este aeropuerto. A menos que traigan algún pasajero, cosa tampoco frecuente, casi nunca lo hacen… Excepto a las diez y cuarto, diariamente. Un avión mixto, carga y pasajeros, que vuela hacia el sur.

—¿Hacia Paraguay? —musitó Brigitte.

—Pues sí… Iré a llevar la carta.

—No olvide que espero respuesta, Paco-Pepe.

—Se la llevaré al hotel… ¿Sí?

—Perfecto. Hasta luego.

—Adiós, señora.

—Señorita, Paco-Pepe.

—Ah, sí… Es que usted es tan elegante y distinguida… Yo creo que todas las mujeres elegantes y distinguidas están casadas, ya ve.

—¿Y por qué piensa eso?

—Puro sentido común. —Paco-Pepe se tocó la frente con un dedo—. Lo normal es que las mujeres de su clase sean… cazadas rápidamente por los hombres inteligentes. Pero empiezo a creer que no hay demasiados.

Brigitte se alejó de Paco-Pepe, riendo, hacia el edificio control del pequeño aeropuerto.

¿Cómo reaccionaría André Limoux, el contrabandista de armas?

Capítulo IV

Se cenaba tarde en Salamanca. Eran casi las nueve y media cuando Brigitte se sentaba en su mesita de la terraza, impecable y magnífica con su vestido negro, finísimo, escotado y corto. Zapatos de tacón, uñas esmaltadas…

Y eso era todo.

Ni una sola joya, ni la más pequeña muestra de maquillaje en su rostro dulce.

Es decir, lo contrario de la dama que estaba sentada con André Limoux a otra mesa. Rubia, joven, ojos claros, senos y caderas casi en exceso de abundancia carnal, boca grande y sensual… Walkiria López. Era inconfundible. Idéntica a la fotografía que de ella había visto Brigitte en su apartamento de Nueva York. Llevaba un bonito vestido azul, de noche, y parecía una mujer mundana, desenvuelta…

Y muy curiosa, porque ya la había mirado varias veces, de un modo intenso, con evidente interés. Lo contrario de Limoux, que no se había vuelto hacia ella ni una sola vez.

—¿Señorita…?

Brigitte miró amablemente al camarero.

—Asado de carne roja, cangrejos, piña y champaña. ¿Tienen Dom Perignon 55?

—Mmm… Temo que no, señorita.

—Entonces, cualquier marca de champaña brut. Muy frío, desde juego.

—Enseguida.

El camarero se alejó, dejando a Brigitte pensando en la cena encargada. Un poco fuerte, sin duda, pero conveniente para quien piensa acostarse muy tarde, posiblemente…

* * *

Hacia las diez, cuando Brigitte estaba saboreando el champaña brut con gran nostalgia por su Dom Perignon 55, André Limoux se puso en pie, de pronto, dio media vuelta y se dirigió directamente hacia ella, tras un cortés gesto de disculpa a Walkiria López.

El canadiense se detuvo casi tocando el otro lado de la mesita redonda, sonriendo amablemente.

—¿Qué tal, Alicia?

—Decepcionada. ¿Sabía usted que en este lugar no tienen Dom Perignon 55?

—¿De veras? Bueno, habrá que disculparlos. Compréndalo… Es un país pequeño. Tan pequeño, que ni siquiera se molestan en formar un ejército… formal.

—¿Formal? ¿Acaso puede haber otra clase de ejército, André?

—Pues… ¿Puedo sentarme un minuto?

—¡Desde luego! Siempre y cuando su acompañante no vaya a molestarse conmigo.

—No, no… Es una dama muy comprensiva… ¿Clases de ejércitos? —musitó Limoux tras sentarse delante de Brigitte—. Bueno, no sé… Para mí, todo conjunto de personas que pelean son un ejército. ¿No?

—También pueden ser guerrillas, insurrectos, rebeldes, bandoleros… ¿Champaña, André?

—Oh, gracias… También nosotros hemos encargado una botella. Pero no de éste.

—Éste es champaña brut. No es muy… delicado, lo sé. Pero más que el vino, para mi gusto. Y tiene la ventaja de que puede beberse durante toda la comida. En cambio, las otras clases de champaña requieren determinados alimentos. Y yo tenía ganas de comer fuerte y beber sin… sin…

—¿Sin reparos?

—Algo así.

—Respecto a sus teorías o creencias, pues sí: un ejército ha de ser formal. Sólo que a veces los ejércitos empiezan por ser simples guerrillas. Luego las cosas se van tomando en serio, se hacen distinciones de mando, se impone un uniforme…

—Habla usted como si estuviese organizando algún ejército

procedente de guerrillas, André. Está muy enterado.

—Cosas de la profesión. De todos modos, sé muy bien que los ejércitos no son convenientes para países pequeños. ¿Qué ganan con ello? Nada. Absolutamente nada. Puede que reúnan cinco o seis mil soldados, unos cuantos oficiales y jefes… Gasto. Solamente gasto inútil… Y digo inútil porque aplastar un ejército de cinco mil hombres es cosa fácil. Entonces, lo sensato y económico es evitar ese gasto, y que esos cinco mil hombres se dediquen a trabajos que produzcan auténticos beneficios al país: café, tabaco, caña… Cualquier cosa Brigitte aplaudió silenciosamente con una mano en el dorso de la otra.

—Bravo, bravo —sonrió—. Celebro comprobar que estamos de acuerdo, André. Pero entonces yo me pregunto: ¿para qué quiere las armas un país sin ejército?

—¿Qué importa eso? Imagínese que usted se dedica a vender… guantes, por ejemplo. Y que un día entra una dama sin brazos a comprarle un par de guantes… ¿Qué haría usted?

—¡Le vendería los guantes sin preguntarle para qué los quería, desde luego! —rió Brigitte.

—¿Verdad? —rió también Limoux. Miró su reloj—. Oh, no quiero entretenerla más Dentro de veinte minutos sale el avión hacia Paraguay y usted tendrá que hacer algunas cosas antes.

—He aplazado el viaje.

André Limoux no perdió la sonrisa.

—¿De veras?

—Sí, sí…

—Bien… Supongo que tiene muy buenos motivos.

—Pues sí. Nada menos que una entrevista con don Álvaro de Morales, el gobernador de Salamanca del Norte… ¿Lo conoce?

—No personalmente. Pero, ¡qué casualidad!, yo también tengo una entrevista con él, esta misma noche.

—Entonces —sonrió encantadoramente Baby—, es posible que volvamos a vernos antes de retirarnos, André.

—Sí, sí… Es posible. ¿A qué hora es su entrevista?

—A las once.

—Igual que yo… Podríamos ir juntos, si le parece bien.

Brigitte sonrió de nuevo, maliciosamente, señalando con la barbilla hacia Walkiria López.

—Dicen que dos es compañía, y que tres es una multitud. Nunca me ha gustado… ser la multitud. André Limoux se puso en pie, casi riendo.

—Para ser una mujer que no toma los aviones a tiempo, es usted de una gran delicadeza. ¿Hasta luego?

—Au revoire —rió Brigitte—. Exactamente, André.

* * *

Álvaro de Morales era un hombre alto, recio, de cabellos entrecanos, muy abundantes. Pecho poderoso, manos grandes y morenas, sonrisa cortés y expectante… y unos inteligentes ojos negros que parecían llegar a lo más profundo de los pensamientos de sus interlocutores. Su complacencia personal había sido evidente ante la presentación que Brigitte había hecho de sí misma. Estaban en la sala de su finca, muy bonita y alegre, amueblada y adornada de un modo confortable y fresco a la vez. Las grandes puertas de cristales que daban al jardín estaban abiertas, y se veían palmeras enanas, flores y la luna. Y se oían los chirridos monótonos de los insectos nocturnos.

—Le presento a mi secretario, el señor Santos Peralta. Y al señor André Limoux, y a la señorita Walkiria López… Tengo entendido que usted conoce ya al señor Limoux.

Había un cierto destello irónico en los ojos de De Morales, pero Brigitte se limitó a sonreír, mirando al canadiense apenas un segundo. Le interesaba más el otro hombre, que la había recibido para llevarla a presencia de Álvaro de Morales. Santos Peralta, el secretario del gobernador de Salamanca del Norte, era un hombre alto, moreno, de ojos color café, un poco claros; muy elegante, serio, pulcro, inteligente, al parecer. Y joven. No tendría más de treinta años, igual que Limoux. Por algún motivo que Brigitte no se atrevía a adivinar, la miraba con clara hostilidad. Y también miraba con hostilidad a André Limoux, lo cual la tenía un poco desconcertada. La impresión era de que Santos Peralta no simpatizaba ni con Limoux ni con ella. Como quiera que el canadiense había llegado antes que ella a la finca, Brigitte llegó a pensar, al ver la hostil mirada de Peralta, que Limoux ya tenía un partidario entusiasta. Pero luego, al comprobar que también parecía

hostil a él, se sintió en verdad desconcertada.

—En efecto, conozco ya al señor Limoux. He tenido el gusto de conversar con él en un par de ocasiones, hoy mismo. También creo recordar a la señorita López.

—¿Quizá la vio conmigo? —sonrió Limoux.

—Oh, sí. No me fijé bien. Bueno, quizás es que entonces me pareció más joven, vista de lejos. ¡Perdón! He querido decir… Bueno, no ha sido mi intención…

Walkiria López se la quedó mirando fríamente.

—Posiblemente dejó olvidados sus lentes en Nueva Orleans, señorita Rosales.

—No, no… Jamás he usado lentes. ¿Y usted?

André Limoux miró hacia otro lado, mordiéndose los labios para contener la sonrisa. Álvaro de Morales, si bien permaneció serio, miró con una chispa de nuevo interés en sus ojos a la morena de los maravillosos ojos azules.

—Por favor, siéntese, señorita Rosales. Siéntense todos. Los buenos negocios se realizan siempre con comodidad. ¿Un cigarro, señorita Rosales?

—No, gracias… Demasiado para mí. Fumaré un cigarrillo, si no le importa.

—Son cigarros especiales. —De Morales le tendió la caja que había tomado de la mesa de centro—. Muy delgados, suaves, aromáticos… Del país.

—Entonces, no puedo despreciarlo —sonrió la espía.

Tomó uno. Eran, en efecto, unos bonitos cigarros, todo hoja, dorados. Y una vez encendido amablemente por el risueño Limoux, comprobó que el aroma era fino, magnífico.

—¿Qué opina del tabaco salmantino?

—Excelente. Excelente en verdad, señor De Morales. ¿Usted no fuma, señorita López?

—Tengo costumbres más femeninas.

—Oh… ¿Como por ejemplo mancharse de carmín un lado de la boca?

Walkria López se llevó rápidamente la mano a la boca, sonrojándose bruscamente. Abrió el bolsito, sacó un espejo y se miró…

—No veo…

—Debe de ser mi vista —sonrió angelicalmente Baby—. Decididamente, es defectuosa.

Walkiria López abrió la boca en un gesto agresivo, pero Álvaro de Morales se apresuró a intervenir, tras encender precipitadamente su cigarro. Limoux había tomado otro, y lo estaba encendiendo tosiendo un poco. Y dado que el humo era tan suavísimo, se podía pensar que contenía como mejor podía las ganas de reír.

—Bien, señorita Rosales… Paco-Pepe me ha traído una nota de usted, esta tarde. Una nota interesante, creo. Por eso, le dije que podía usted venir a hacer su oferta. ¿Cuál sería el gasto total?

—Eso depende de ustedes. Según sus posibilidades, recibirán unas u otras armas, en mayor o menor cantidad.

—Claro… ¿Qué podría usted proporcionarme por dos millones de dólares, por ejemplo? Brigitte abrió la boca, pero Santos Peralta lanzó una exclamación.

—¡Eso es una locura, don Álvaro! —protesto—. Ya está mal que compremos armas, pero ¡dos millones de dólares…! Ese dinero, bien empleado en Salamanca…

—¿En cuál Salamanca, Santos? —preguntó amablemente De Morales—. ¿En Salamanca Norte o Salamanca Sur?

—En Salamanca.

—Una admirable y bondadosa teoría, Santos. Pero creo que ya la hemos discutido lo suficiente. Yo también deseo una sola Salamanca… Pero que sea «mi» Salamanca, es decir, la Salamanca de los salmantinos, no la Salamanca de ideas… forasteras. «Nuestra» Salamanca. Y los dirigentes del Sur están pensando de modo diferente. Para cuando Salamanca sea una sola, yo quiero estar seguro de que seremos de verdad libres e independientes, de que seremos salmantinos, no pseudo comunistas sin… definición patria indiscutible. Nosotros tenemos nuestras leyes y nuestras costumbres. Y seremos una sola Salamanca con nuestras leyes, nuestras costumbres y nuestras propias ideas políticas y comerciales.

—Pero una guerra civil…

—Es lamentable. Pero si mueren diez mil salmantinos, los demás vivirán felices… En el supuesto —sonrió secamente— de que seamos nosotros los vencedores. Por eso, quiero invertir todo el dinero posible en armas. ¿De acuerdo, por fin?

—Don Álvaro, si usted inicia esa guerra civil…

—Alguien ha de empezarla.

—Usted será el agresor, no lo olvide. Hay rumores de que los del Sur están también comprando armas. Quizá piensen atacar, a su vez, pero también es posible que sólo piensen defenderse de nuestro ataque… En ese caso, insisto, usted sería el agresor.

—¿Y…?

—Diez mil muertos, son muchos muertos. Quizás eso le hiciera a usted… impopular.

Álvaro de Morales quedó pensativo unos segundos. Por fin, musitó:

—Sí… Ya he pensado en eso. Si después de ganada la guerra y convertida toda Salamanca en una sola, los salmantinos me guardan rencor, me iré. Pero dejaré en mi lugar a alguien que jamás permitirá lo que yo no estoy dispuesto a permitir. Salamanca será una sola, con nuestras costumbres, nuestras ideas, nuestra personalidad… Esto tenía que, llegar tarde o temprano, Santos. Y yo lo voy a hacer.

—Un sacrificio muy grande el suyo, señor De Morales —musitó Brigitte.

—¿Usted cree?

—Parece evidente. ¿Se ha preguntado si su esfuerzo, su sacrificio, valdrá la pena?

—Yo creo que sí. Es mejor dejar a la mujer amada que hacerla desdichada, ¿no le parece?

—Ésa es una teoría muy generosa… y un tanto irreal. Poco frecuente, al menos.

—Poco frecuente. Pero no imposible.

—Seremos los agresores —musitó Santos Peralta, como para sí —. Y una guerra civil jamás traerá nada bueno para Salamanca, don Álvaro.

—Sus ideas pacifistas, Santos, empiezan a irritarme.

Santos Peralta palideció.

—En ese caso, será mejor que me retire. Prefiero no saber nada de todo esto.

Brigitte se quedó mirando con curiosidad al secretario del gobernador de Salamanca Norte.

—Haga lo que guste —dijo acremente De Morales—. Pero creo

que su obligación es estar aquí, conmigo. Es lo lógico en un secretario, si no me equivoco.

—Me quedaré… Pero no me obligue a participar, don Álvaro.

—Por supuesto que no. —De Morales miró de nuevo a Brigitte—. Bien, señorita Rosales, ¿qué podría proporcionarme por dos millones de dólares?

Brigitte abrió su bolsito y sacó una pequeña libreta de cantos dorados. Pasó algunas hojas antes de encontrar la que buscaba. La arrancó y la tendió a De Morales.

—Éste es nuestro… lote de dos millones de dólares, señor De Morales. Claro que puede haber algunas variaciones a gusto de usted. Pero el conjunto es éste. Además, dejados en la playa que usted nos indique y en el momento oportuno, sin contratiempos, sin ruido, sin escándalo… Máxima discreción.

Álvaro de Morales asintió con la cabeza y empezó a leer. Casi enseguida su ceño se frunció. Luego, poco a poco, fue apareciendo en su rostro una expresión de incredulidad.

—¿Es una broma, señorita Rosales?

—¿Broma? Por favor, señor De Morales… Éstos son asuntos muy serios, creo yo.

—Sí… Lo son. —De Morales tendió la nota hacia Limoux, que la tomó rápidamente—. Le conviene estudiar estas tarifas, señor Limoux.

El canadiense estaba leyendo rápidamente. Cuando alzó la cabeza para mirar a Brigitte, había en sus negros ojos una irónica expresión de desconcierto.

—¿Qué clase de negocios realizan ustedes, señorita Rosales?

—Los que podemos.

—Pero ¡esto no es un negocio! ¡Es un regalo!

—Todo depende de lo que nos hayan costado a nosotros esas armas. Y no irá a decirme que son de poca calidad.

—Por el contrario… Son excelentes. Al menos, sobre el papel.

—¿Está… insinuando algo? —sonrió Baby.

—No… No del todo.

—¿Y bien, señor Limoux? —inquirió De Morales—. Comprenderá que, dada la oferta de la señorita Rosales…

—Está bien. Yo le ofrezco este mismo lote, o su equivalente, por cien mil dólares menos. Un millón novecientos mil dólares…

Álvaro de Morales volvió la cabeza hacia Brigitte, con aquel destello irónico en sus ojos.

—¿Señorita Rosales? —preguntó.

—Un millón ochocientos mil —sonrió Bngitte.

—Un millón setecientos mil —exclamó Limoux.

—Magnífico —rió De Morales alegremente—. ¡Magnífico! Sigan, sigan ustedes rebajando…

—¿Puedo pedirle un favor, señor De Morales? —habló Baby.

—Oh, sí, por supuesto…

—Concédame un cierto tiempo… No sé cuánto Y le diré mi oferta definitiva. Le aseguro que el señor Limoux no podrá vender tan barato.

—¿Qué dice usted, señor Limoux?

—Digo que no hay por qué perder tiempo, don Álvaro. Un millón y medio de dólares, y el lote es suyo.

—Señorita Rosales, ya oye usted…

—Tengo que consultarlo, señor De Morales.

—Me parece bien…, siempre y cuando garantice una seguridad en rebajar el precio.

—Espero poder hacerlo. El señor Limoux no podrá competir con mi organización. Tenga presente que él es un simple particular, y yo soy una enviada de un grupo muy bien dirigido y preparado.

Álvaro de Morales se puso en pie.

—Los espero mañana, a esta misma hora. Y, por favor, vengan con sus ofertas definitivas. No me parece elegante regatear, ni comerciar de este modo. Aunque, por supuesto, celebro mucho haberme ahorrado, de momento, nada menos que quinientos mil dólares. Buenas noches. Mi secretario los acompañará.

Ya en la puerta, Brigitte notó la suave presión en un brazo, y miró sorprendida a Santos Peralta.

—¿Sí, señor Peralta?

—Quisiera hablar con usted, señorita Rosales.

—¿Juego sucio? —sonrió Limoux.

Santos Peralta no se inmutó. Limoux encogió los hombros, miró burlonamente a Brigitte y salió de la casa, llevando a Walkiria López de un brazo hacia donde habían dejado las bicicletas. Brigitte los vio alejarse, uno junto a otro, pedaleando sin prisas.

—¿Y bien, señor Peralta?

—Bueno… Parece que usted tiene cierta… tendencia a pensar como yo…

—¿En qué?

—Me ha dado la impresión de que no es usted partidaria de las guerras.

—Y eso le ha gustado… ¿No es cierto?

—Pues sí. Perdone, ya sé… Bueno, ése es su negocio, su trabajo… Pero yo quería pedirle un favor.

—¿Cuál?

—¿Por qué no va a vender sus armas a otro sitio?

—No es mala idea —sonrió Brigitte—. Pero creo que con ello sólo conseguiría dejar el campo libre al señor Limoux, ¿no le parece?

—Intentaré convencer también al señor Limoux.

—Pues si lo consigue, avíseme. Entonces, yo quizá le escuche con más atención, señor Peralta. Buenas noches.

* * *

Cuando estaba recogiendo su llave en la conserjería, vio a Limoux y a Walkiria López en el bar. André Limoux la estaba mirando, sin perder su sonrisa, y alzaba una copa de champaña, en clara invitación.

Brigitte movió negativamente la cabeza, se despidió con un gesto y subió a su *suite*. Iba tan abstraída en lo sucedido aquella noche, que tardó un segundo de más en darse cuenta de que, al abrir la puerta, el papelito diminuto que siempre dejaba entre el marco y aquélla no caía al suelo.

Justo entonces, y cuando iba a inclinarse para despegar su pistolita del muslo, vio las manos recortarse en la ventana del fondo, pasando por delante de su rostro, con un cordón tenso en ellas…

Capítulo V

Se olvidó inmediatamente de la pistolita. Su mano izquierda subió rápidamente, para quedar con la palma en la barbilla. Justo a tiempo. El cordón, en lugar de apretar su garganta, quedó incrustado dolorosamente en la muñeca.

Dolorosamente, pero sin consecuencias.

Al mismo tiempo, Baby Montfort disparaba el codo derecho hacia atrás…

—¡Auggfff…! —Oyó el gruñido de dolor tras ella.

Repitió inmediatamente el codazo, ahora más arriba. Oyó el crujir de unas mandíbulas, y el cordón que estaba incrustándose en su muñeca quedó suelto. Siempre con la velocidad de un felino en ataque, la espía internacional se volvió, y vio aquella sombra que retrocedía un par de pasos, hacia la oscuridad. Sin vacilar ni un instante saltó hacia el hombre, llevando las manos hacia la cabeza. Asió los untuosos cabellos y tiró hacia abajo, rudamente, tirando al mismo tiempo del hombre hacia el centro de la sala-recibidor…

La sombra pasó ante ella, primero con un par de traspiés, y, por fin, rodando por el suelo.

Siempre sin tregua, Baby continuó la pelea. Fue tras el hombre, y todavía no había dejado éste de rodar cuando un zapatito de la sensacional y peligrosísima espía dio con tremenda fuerza en los riñones. El hombre volvió a gemir, y Brigitte repitió el golpe…

Su pie fue atrapado cuando se consumaba el golpe. Un tirón violento, y Baby fue lanzada de espaldas contra el suelo, resbalando por éste… La sombra se le vino encima, silenciosamente. No era un hombre de gran envergadura, pero parecía tener mucho nervio y resistencia, y estaba dispuesto a terminar el trabajo…

Fue Brigitte quien recibió ahora un puntapié en el vientre. Pero la sandalia de paja no era tan dura como un zapato, y el impacto no fue tan brutal como podía esperarse. Sí lo bastante, empero, para

hacerle perder el dominio de la situación.

El hombre cayó sobre ella, y sus manos se clavaron en la fina garganta femenina, empezando a apretar. Se oía su fuerte jadeo, y se notaba la tensión de todo su cuerpo en la insistencia del asesinato…

Las manos temblorosas de Brigitte ascendieron por entre las del hombre, hacia su rostro. Los cuatro dedos largos se clavaron en las orejas, y los pulgares apretaron en los ojos…

El hombre lanzó un alarido mal contenido y soltó el cuello de Brigitte, para coger las manos de ésta y apartarlas de sus ojos. Entonces, los pulgares dejaron de apretar, y la mano derecha dio un fortísimo tirón de la oreja que sujetaba, hacia un lado… El asesino salió rodando lateralmente, para evitar aquella dolorosa tensión en su oreja. Se puso en pie antes que Brigitte, y, quizá comprendiendo que la dulce muchacha de los ojos azules era un hueso mucho más duro de roer de lo que había pensado, decidió atacar con más eficacia.

Se oyó un chasquido…, y la hoja de una navaja brilló tenuemente al resplandor de la luna que se veía por la ventana. Se acercó a Brigitte cuando ella estaba todavía de rodillas, respirando profundamente, con una mano en la garganta…

Y hacia allá fue la primera cuchillada. Brigitte se echó hacia atrás, pareció rebotar sobre sus propias piernas y cayó de lado. El hombre saltó sobre ella, alzó la navaja y asestó otro golpe, de nuevo hacía la garganta… Su brazo fue desviado con un golpe que parecía débil. Pero la hoja lanzó chispas al arañar el piso, y el hombre volvió a salir despedido lateralmente, Estaba de bruces, iniciando el primer movimiento para incorporarse de nuevo, cuando Brigitte cayó sobre su espalda. El bracito derecho pasó a rodear la garganta del hombre, y la mano izquierda se aferró a la muñeca derecha, iniciando inmediatamente una tracción para estrangulamiento.

—Aaaaaaggggggg…

La mano del hombre, crispada sobre la navaja, fue hacia atrás, buscando aquel cuerpo femenino de insospechada dureza… Una vuelta de ambos por el suelo le hizo fallar el golpe, mientras Brigitte, que quedó debajo del hombre, continuaba apretando implacablemente… Supo el momento exacto en que la navaja iba a buscarla nuevamente, y volvió a rodar, siempre sin dejar de apretar

aquella seca y dura garganta, quedando otra vez encima del hombre… Y por tercera vez éste intentó la cuchillada hacia atrás, aunque mucho más débilmente… Otra vuelta de ambos, y el hombre quedó encima…

La navaja cayó al suelo y quedó cerca de ambos, igualmente iluminada por la luna que llegaba hasta el umbral de la puerta del dormitorio…

Ahora, las manos del hombre intentaban, cada vez más débilmente, arrancar aquel dogal de seda delicada que lo estaba estrangulando.

Inútil.

Completamente inútil, porque bajo aquella fina seda había unos músculos diariamente entrenados, fuertes como el acero. Habría sido necesaria entonces la fuerza de un coloso para romper el cerco…

Quince segundos más tarde, Baby Montfort daba el último apretón, y apartaba de sí al hombre, rudamente.

Se puso en pie y quedó en el umbral del dormitorio, jadeante, sudorosa, roto el vestido por el corpiño y rasgada la falda desde el borde inferior casi hasta la cintura, debido a los movimientos violentos que la espía había obligado a sus piernas.

Recogió el bolsito del suelo, se dejó caer en un sillón y encendió un cigarrillo, que le hizo toser a la primera bocanada. Poco a poco, su agitación física fue desapareciendo, su respiración fue normalizándose. Por lo demás, todo bien: aquello no era nada nuevo, nada que pudiese hacerle perder los nervios a Baby Montfort.

Tres minutos más tarde, la espía internacional encendía la luz. Se acercó al hombre, le dio la vuelta con un pie y se quedó mirándolo. No lo conocía, lo cual no era en absoluto sorprendente.

Con la cámara del encendedor, obtuvo dos microfotos de su rostro crispado. Tenía los ojos desorbitados, la lengua hinchada… Baby recogió la navaja y sonrió desganadamente al ver la grabación de la hoja: Made in USA. Luego, recogió el cordón de seda con el que habían querido estrangularla, sin duda para evitar manchas de sangre y las consiguientes molestias de tener que limpiarlas. Era más limpio un cordón.

Se quedó mirando hoscamente su muñeca izquierda, allá donde

el cordón de seda se había incrustado cuando ella paró el golpe dirigido a la garganta… Sin aquella reacción, si hubiese permitido que el cordón llegase a su garganta, ahora sería ella la muerta…

Una idea que, ciertamente, no era del agrado de Baby, la espía de lujo de la CIA.

Respecto a la presencia e intenciones de aquel hombre en su *suite*, parecía que no era necesario hacer muchas cábalas.

* * *

André Limoux cerró la puerta de su *suite*, sonrió y rodeó la cintura de Walkiria López con sus fuertes brazos, apretándola fuertemente.

—Es usted terrible. André… —musitó Walkiria.

—¿Por haberla convencido para que suba a terminar la botella en mi *suite*? ¿O por algún otro motivo?

—Por… por todo…

El canadiense se inclinó y empezó a besar la garganta y una oreja de Walkiria, que gimió quedamente primero, y pronto alzó los brazos para rodear el cuello masculino… Limoux vio entonces los labios entreabiertos que se le ofrecían.

Y los tomó.

—Hemos… hemos venido a tomar… la última copa —suspiró Walkiria López.

—Oh, sí… Pero tenemos tiempo… ¿No?

—André, por favor… Una copa, y… me voy…

—Bien —sonrió el canadiense—. Muy bien, chérie. Pero póngase cómoda.

—¿Cómoda? —Brillaron los ojos de Walkiria—. ¿Para tomar una copa de champaña? Limoux se echó a reír, al parecer divertido.

—Lo digo por sus zapatos. Me pareció que la molestaban un poco. Puede utilizar unas zapatillas mías, si quiere.

—¿Sólo debo quitarme… los zapatos?

—Pues… Bueno, cada uno empieza, a desvestirse por donde mejor le parece. Yo empiezo por los zapatos. —La volvió a besar en el cuello—. ¿Y usted?

—Creo… creo que no importa… ¿Verdad?

—No importa en absoluto. ¿Preparo dos copas mientras se quita… los zapatos?

—Sí… Sí, André…

—Très bien. En el armario hay unas zapatillas. Son nuevas. Las he comprado esta mañana en Ciudad Norte, mientras paseaba esperando…

Walkiria se había dirigido hacia el dormitorio, y Limoux hacia el aparador, en busca de dos copas. De pronto, oyó los precipitados pasos de la rubia, el rapidísimo taconeo, y se volvió… Walkiria López, palidísima, desorbitados los ojos, corría hacia la puerta.

—¡Eh! —exclamó Limoux—. ¡La copa de…!

La puerta batió a espaldas de Walkiria. Afuera, en el pasillo, se oyó el veloz taconeo. André Limoux estuvo inmóvil hasta que dejó de oírlo. Entonces, alzó las cejas, perplejo.

—Demonio de mujeres… ¿Quién las entiende?

Se sirvió una copa de champaña, manteniendo la otra, vacía, con los dedos meñique y anular, por la base y colgando hacia abajo. Bebió un sorbito, y su mirada fue hacia el dormitorio. Frunció el ceño y fue hacia allí, llevando en una mano las copas y en otra la botella.

Se quedó en el umbral, contemplando impertérrito el cadáver de un hombre sobre su cama. Bueno, al menos ahora podía comprender la actitud de Waikiria López, lo cual le quitaba un peso de encima. Entró en la habitación y estuvo mirando unos segundos aquel cadáver grotesco, de ojos desorbitados y lengua hinchada.

—Amigo —dijo Limoux en voz alta—, no sé quién puedas ser, pero una cosa es segura: me has estropeado un plan de campeonato. Eso no se hace.

Oyó el ruidito a su espalda y se volvió, lentamente, hacia el armario, cuya puerta se había abierto.

—Oh… ¿Qué tal, Alicia? —saludó.

—Bien, por ahora.

—Asombroso… Nunca se me hubiese ocurrido que usted es de las mujeres que se esconden en los armarios. Salga, por favor… ¿Champaña?

—¿Sin guinda? —sonrió Brigitte.

—¿Cómo?

—Cosas mías… Muy amable. Sí, tomaré un poco de champaña.

—Magnífico —Limoux le entregó la copa vacía y la llenó cuando Brigitte la colocó ante él—, todavía está bastante fresco.

—Estupendo. ¿De verdad no conoce a este hombre, André?

—No. ¿Lo ha matado a usted?

—Fue inevitable. Cuestión de simple elección.

—Ah, entiendo, entiendo… ¡Pobre Walkiria! Se ha llevado un susto terrible. Esperemos que sea discreta, y que no nos complique la vida con las autoridades de aquí… ¿Usted cree que hay autoridades en este lugar?

—Supongo que sí. Pero no creo que esa rubia recurra a ellas.

—Claro… Sería complicarlo todo… ¿Qué tal el champaña?

—Casi detestable.

—¿Verdad que sí? —suspiró Limoux—. Pero, ma petite, hay que saber adaptarse a todo. ¿En serio lo mató usted sola?

—Mais oui —sonrió Brigitte.

—Fantástico. Casi increíble. ¿Y por qué me lo ha traído aquí?

—Me pareció que usted me lo había enviado, y quise devolverle el obsequio.

—Supongo que no querrá creerme, pero insisto en que no le conozco. Y, desde luego, tampoco lo he enviado yo.

—¡Claro que le creo, André!

—Ah… Es usted muy gentil, Alicia querida… Bueno, habrá que hacer algo con ese pobre hombre, ¿no?

—Lo haremos… desaparecer. Y puesto que no le pertenece el… obsequio, me lo llevaré.

—*Mais non*! —exclamó Limoux—. ¡De ninguna manera! Yo me ocuparé de esto, *ma petite*. Usted ya se ha fatigado bastante. Será mejor que vaya a descansar.

—Muy agradecida. ¿No me guarda rencor?

—Un poco —admitió risueñamente el canadiense—. Pero sé por experiencia que en las peleas siempre gana el mejor. Bueno, eso no es exacto… He querido decir el más astuto. Usted siga con su juego, y yo haré lo que me convenga. Me estoy convenciendo de que usted es una mujer que sabe aceptar las consecuencias de su… De todo.

—Usted es simpático, André —sonrió la espía—. Por eso, me parece doblemente peligroso. Nunca podré saber qué momento elige para darme el golpe de gracia. Supongo que no dejará de sonreír cuando intente eliminar mi competencia.

—¡Desde luego que no! La sonrisa es lo más bello del mundo… Además, demuestra muy poca delicadeza matar a una persona y

encima ponerle mala cara, ¿no le parece? Hay que ser amables… Siempre amables. ¿No está de acuerdo?

—Cada uno tiene su modo de ser. De todas maneras, aunque sea un cínico, hipócrita y canalla, sigue siendo simpático.

—Ma petite… —protestó Limoux—. ¡Yo no la he ofendido a usted! ¿Por qué tiene que insultarme?

—Buenas noches, André.

—Muy buenas las tenga usted… Vaya… Tan felices que me las prometía yo hace unos minutos… ¿Se da cuenta? Usted y ese hombre me han estropeado un plan de…

—De campeonato. Aunque no tanto, André —sonrió Baby—. ¿No le parece que Walkiria López es un poco… gorda?

—¿Gorda? ¿Gorda? Bueno… Yo diría que no. Si acaso, un poco… llenita. Sugestiva. Mmmm… ¡Apetitosa! ¡Eso es!

—De todos, modos —Brigitte se acercó lentamente, siempre con la pistola en la mano—, ¿qué tiene ella que no tenga yo?

—Pues… —Hubo un admirativo y serio destello en los ojos del canadiense—. Yo diría que las dos tienen lo mismo. Ella más que usted, desde luego… Pero de calidad muy inferior. Entiendo más de mujeres que de armas, ma petite.

—Bien… ¿Entonces…?

Quedó ante él, como esperando. André Limoux se quedó mirándola fijamente.

—¿Me ofrece una… compensación? —musitó.

—¿Por qué no?

Limoux rodeó la delgadísima cintura de la espía internacional. Acercó sus labios a los de ella, muy despacio. Y, contra lo que parecía esperar el canadiense, aquellos hermosos y dulces labios no se apartaron cuando los suyos estaban cerca.

Los esperaron. Y mientras los estaba besando, André Limoux pasó una mano hacia la espalda femenina, recorriéndola lentamente. Notó el ligero estremecimiento en el cuerpo la espía, y quiso…

Baby Montfort se apartó, y una extraña sonrisa apareció en sus labios.

—Es suficiente por hoy, André.

—Ah, lo sabía, lo sabía… Siempre que encuentro algo que en verdad vale la pena, alguien me lo quita. Así ha sido siempre la vida

de André Limoux… ¿Por qué tenía que cambiar en unos segundos? Por eso mismo no quise intentar antes el acercamiento a usted… Mala suerte la de André Limoux. ¿Más champaría?

—Es suficiente. Ha sido muy amable. Y gracias por cuidarse del muerto.

—Esto sólo me ocurre a mí —sonrió el canadiense—. Tengo a mi alcance dos hermosas mujeres, y me quedo con un cadáver. ¿De verdad no quiere quedarse… un rato?

—Quizás en otra ocasión. Sólo he venido a devolverle la visita, esta vez. Bonne nuit, André.

—Bonne nuit, ma petite.

Capítulo VI

—Sí… Lo conozco. Pero ¿qué le ha ocurrido al pobre Tancredo, señora?

—Señorita —corrigió una vez más Brigitte—. ¿Se llamaba Tancredo?

—Tancredo Paniagua. Pero bebía mucho vino, el condenado —rió Paco-Pepe—. ¿Dónde está ahora?

—Supongo que se lo llevaron a enterrarlo.

—¿Verdad que tiene cara como de… haber muerto ahogado, o estrangulado…, o algo así?

Brigitte se guardó las dos fotografías del hombre que la había querido asesinar la noche anterior, y sacó el paquete de cigarrillos del bolso. Encendió uno y se quedó mirando a Paco-Pepe, que miraba el paquete de tabaco rubio.

—¿Quiere ganarse mil dólares, Paco-Pepe?

—Claro que… ¿Mil dólares? Mire, señora, es muy temprano para andar por ahí soltándole bromazos a la gente…

—Señorita. Y va en serio. Sólo tiene que decirme quién es este hombre y dónde vivía… Y luego, coserse la boca. ¿Lo entiende?

—Se llamaba Tancredo Paniagua.

—Eso ya lo ha dicho antes. ¿Qué más?

—Bueno… Él vivía en una choza no muy bonita, ría arriba, por el afluente derecho del Salamanca. Pero la mayor parte del tiempo se lo pasaba trabajando para la señorita López.

—¿Walkiria López?

—Sí.

—¿Se refiere a la rubia que anoche visitó al señor De Morales?

—Sí, sí… A ésa.

—Vaya… Mira qué bonita sorpresa… ¿Y dónde vive esa señorita, Paco-Pepe?

—Cerca de la playa, en el barrio elegante… ¿No ha estado allí

todavía?

—Me he levantado un poco tarde. Pero aún estoy a tiempo de darme ese paseo. ¿Cuál es su dirección exacta?

—No tiene pérdida. Es una casita de dos pisos, como a ciento cincuenta metros de la playa, hacia allá. Está bastante aislada, y se la conoce enseguida porque en el terrado hay un solario. Se ven algunas sombrillas y palmerillas… Y las ventanas son azulinas, y la casa blanca, y…

—¿Y la dirección exacta?

—Paseo del Mar, 128… ¿He ganado los mil dólares?

—Casi. Falta el último detalle: que no abra la boca.

—No diré nada. Usted me gusta. De verdad que no diré esta boca es mía, señora.

—Señorita. Y seguro que no dirá nada, Paco-Pepe porque no le voy a pagar hasta estar convencida. Yo tengo algunas cosas que hacer. Si me salen mal será que usted ha ido contando cosas por ahí. Si me salen bien, será que no ha dicho nada. Entonces, le daré los mil dólares.

—Usted no juega limpio con Paco-Pepe Maravillas.

—Paco-Pepe Maravillas tendrá sus mil dólares, y a lo mejor algunos más si juega limpio con Alicia Rosales. ¿Sí?

—Bueno. ¿Qué remedio me queda?

—Muy bien. ¿Tiene más hombres como Tancredo la señorita López?

—¡Huy…, muchos! Ella tiene una plantación de café montañas arriba, y allá hay muchos hombres como Tancredo. Pero él era uno de los que bajaban más por la ciudad.

—Ah… ¿Ve algún otro cerca de nosotros, Paco-Pepe?

—No, señora.

—Señorita. No olvidé sus mil dólares.

—Ni usted.

Brigitte regresó en bicicleta al hotel. Subió a su *suite,* entró en el dormitorio y se quedó mirando pensativamente la muñeca, sentada en la cama. Al cabo de unos segundos de reflexión, sacó la maleta del armario, abrió el doble fondo, sacó algunos tubos y diversos aparatos y los metió todos en el bolso que había comprado, antes. Luego, se cambió, quedando en bikini. Se puso encima un albornoz corto, un sombrero de paja graciosamente ladeado hacia un ojo, y

unos lentes oscuros.

Iba a salir de la *suite* cuando oyó el ruido de una puerta al cerrarse, en el pasillo. Abrió apenas media pulgada, lentamente, y vio pasar a André Limoux, bostezando, simpáticamente atractivo con sus *shorts* color canela y un jersey negro. Esperó unos segundos, se asomó a la ventana que daba a la fachada del hotel y lo vio salir. Un minuto después, estaba convencida de que se dirigía hacia la playa, directo hacia el barrio elegante.

Bajó entonces, se aseguró de que Limoux continuaba alejándose de allí y se fue tras él, muy despacio.

Encontró pronto el Paseo del Mar, y siguió adelante, mirando los números de las casas. Cuando vio el 128 continuó adelante medio centenar de yardas. De pronto, se escondió tras un grupito de palmeras, a un lado del paseo, y se volvió.

No veía a nadie en la casa. Sacó del bolso una pieza circular metálica, la estiró, y quedó convertida en un catalejo. Por el paseo pasaba poca gente a aquella hora en que el sol empezaba a picar de firme, y la mayoría iba en bicicleta. Había un grato silencio en el ambiente, que permitía escuchar el rumor del mar, muy cerca de allí…

Enfocó el catalejo, y estuvo mirando unos segundos hacia la casa. No vio nada. Desanduvo unos pasos, hasta encontrar otro grupito de palmeras, y volvió a mirar…

Los vio de pronto, por entre unas gigantescas petunias. Estaban sentados a una mesa de cañas y armazón metálica, de hierro pintado de blanco, y bebían algo. Charlaban animadamente. La distancia era excesiva, de modo que la espía internacional guardó el catalejo, cruzó a la acera de la casa de Walkiria López y caminó por ella en aquella dirección. Cuando se detuvo, detrás de los frondosos arbustos que trepaban por la verja, pudo verlos a los dos, en el mismo sitio. André sonreía, como siempre…

Baby Montfort montó rápidamente los tubos, metió por un extremo una de las microsaetas y apuntó al grueso nogal que había a unas diez yardas de André Limoux y Walkiria López. Apretó el disparador de aluminio, y, sin detenerse a ver los resultados, se alejó, desenroscando rápidamente el tubo.

Tres minutos después se detenía en la orilla del mar, bien elegido el lugar, solitario y tranquilo. Se quitó el albornoz, se tendió

en la arena y metió la mano en el bolsito, que había dejado muy cerca. Movió la clavija del receptor-grabador, y suspiró cuando le llegó, en tono bajo, pero perfectamente audible, la voz de André Limoux:

* * *

—…No vamos a preocuparnos por ello.

—Pero algún significado debe de tener, André —musitó Walkiria.

—Por supuesto. Pero… Mire, Walkiria, nosotros tenemos que colocar las armas en la playa, ¿no es así? Lo demás no tiene importancia, mientras esas armas lleguen.

—Me asusté… Tancredo trabajaba para mí, y al verlo allí, con aquella expresión… Fui un poco estúpida, ¿verdad?

—Olvidémoslo. Ese hombre está muerto y enterrado. Además, iba a por Alicia Rosales. No van contra nosotros. En realidad, casi me resulta divertido.

—¡Divertido! —exclamó Walkiria.

—Pues sí. Verá usted… Vamos a suponer que Tancredo sea un traidor; es decir, que, estando viviendo aquí, en el Norte de Salamanca, sea partidario del Sur. Por algún motivo que no puedo comprender, debió de convencerse de que Alicia Rosales era quien podía entregarle armas a don Álvaro. Entonces, quiso matarla. Eso es todo. Pero el pobre Tancredo murió en vano. Las armas llegarán.

—¿Cuándo, André?

—Esta noche.

—¡Esta noche! ¿Está seguro?

—Naturalmente, mi amiga. Yo soy un contrabandista muy serio.

—¿Por dónde llegarán, a qué hora…?

—Bueno… De diez a doce de la noche, por Punta Azul.

—Estoy pensando… Sí, creo que sería lo mejor…

—¿Qué cosa, querida?

—Deberíamos decirle a don Álvaro que las armas llegarán por Boca Chica, o sea, a veinte kilómetros al Este.

—¿Por qué? —se extrañó Limoux.

—Lo de Tancredo me hace temer algo… ¿Cómo podemos saber que no hay más traidores, André? A don Álvaro no le va a

perjudicar que le digamos esta mentira… Lo que interesa es que las armas sean descargadas sin peligro y escondidas en la playa, hasta que los hombres reclutados vayan a por ellas.

—Es una buena idea.

—Yo me encargo de hablar con don Álvaro.

—Muy bien. Respecto al pago, habrá de ser al contado. Por adelantado. Quiero el millón y medio esta tarde. Y sin bromas, Walkiria.

—¿Qué le pasa? —protestó la rubia—. ¿Desconfía de mí?

—Y hasta de mí mismo —rió el canadiense—. En cuestiones de dinero, no me fío de nadie.

—Yo misma le llevaré el dinero al hotel. Pero hay un contratiempo: si don Álvaro quiere escuchar la oferta de Alicia Rosales, es seguro que no querrá pagar todavía, no se decidirá a comprarle a usted.

—Dígale a don Álvaro que yo coloco esta noche las armas en sus manos, si quiere. Y de Alicia Rosales no se preocupe: yo me encargo de esa niña.

—¿Cómo?

—Pues cuando la…

* * *

Brigitte estuvo a punto de respingar cuando vio la sombra que se proyectaba hacia ella, en la arena. Apagó rápidamente el receptor-grabador y alzó la cabeza.

Santos Peralta se acercaba a ella, vacilante. Iba en *slip*, con una toalla al cuello y arrastrando un parasol listado en blanco y verde. Verdaderamente, era difícil que alguien pudiera ser más inoportuno que Santos Peralta en aquel momento.

—Buenos días, señorita Rosales.

—Buenos —gruñó de mala gana Brigitte.

—Emmm… ¿La molesto si me siento a su lado?

—No tengo ganas de conversación, señor Peralta.

—No crea que pienso hablar de lo de anoche. Son asuntos aparte. Solamente que, al verla aquí, sola, me ha parecido que por cortesía…

—Se lo agradezco. Pero estoy acostumbrada a estar sola… Y

usted debe de tener mucho trabajo.

—Oh, no… Don Álvaro y yo madrugamos mucho. Así, trabajamos con el fresco de la madrugada, hasta media mañana. A partir de esa hora todo está hecho, y los dos podemos tomar la sombra o el sol, según nos guste. Luego, al anochecer, trabajamos un par de horas más… Hay que ir de acuerdo con el clima, ¿no cree?

—Sí, sí…

—En alguna ocasión he sentido interés por el asunto industrial relacionado con el clima. No sé si usted habrá observado que los países tropicales tienen, en general, claro, una industria poco desarrollada. En cambio, saliendo, de la zona tórrida…

—Señor Peralta, ¿por qué no escribe usted un libro con todas esos pensamientos? Le prometo comprarlo.

—Temo… que la estoy molestando…

—Ya le dije que no tengo ganas de conversación, eso es todo.

—Bien… La verdad era que quería hablarle sobre el asunto de las armas. Yo comprendo su punto de vista, claro… Su negocio es vender armas, y lo demás no le importa. Pero una guerra civil no conduciría a nada en Salamanca… A nada bueno, quiero decir. Por otra parte…

—¿Deberé decirle que me está fastidiando?

Santos Peralta se mordió los labios. Se había sentado junto a Brigitte, pero optó por ponerse en pie, lentamente, sin dejar de mirar a la espía.

—Lamento haberla incomodado hasta este punto, señorita Rosales. Ha sido un placer saludarla.

—Muy bien. Adiós, señor Perales.

—Peralta.

—Ah, sí: Peralta. Adiós. Saludos al señor De Morales.

Santos Peralta era muy correcto y pacienzudo. Inclinó la cabeza, dio media vuelta y se alejó de la espía, que apenas lo vio a conveniente distancia volvió a poner en marcha el receptor-grabador…

* * *

—… Nos veremos a la hora convenida —dijo Limoux—. Y no olvide

el dinero.

—¿Por qué es tan interesado, André?

—Querida, yo no soy un contrabandista por deporte, sino, precisamente, para ganar dinero. Tengo que ser interesado.

—Pero… ¿sólo en el dinero? —sugirió melosamente Walkiria López.

—Entre otras cosas. Pero primero el dinero.

—Anoche me pareció que…

—Y quizás esta noche vuelva a parecérselo… cuando yo haya cobrado el millón y medio.

—André, es usted un cínico imposible.

—Pero simpático. Ya nos veremos.

—Le acompañaré…

—No se moleste. Siga aquí, tan tranquila… Lleva usted unas prendas de hogar muy…, ¿cómo diría yo?…, muy reveladoras.

—Creí que le gustaría.

André Limoux sonrió de aquel modo tan peculiar en él, como si nada tuviese importancia. Abrazó a Walkiria López por la cintura, por encima del transparente tejido, y le dio un par de besitos en el cuello.

—Hasta la vista, chérie.

—Adiós, André…

* * *

Irritada, Brigitte cerró el receptor. Aquel estúpido de Santos Peralta había llegado a la playa precisamente cuando estaban hablando de ella, cuando podía haberse enterado de algo que realmente le podía interesar. Claro que también era interesante saber que las armas de André Limoux llegarían por Punta Azul, mientras Álvaro de Morales estaría convencido de que tenían que llegar a Boca Chica, después de pagar por adelantado un millón y medio de dólares…

«No me gusta —pensó Brigitte—. No me gusta nada todo este asunto».

Se puso en pie y fue al mar. Se estaba deliciosamente fresco en las transparentes aguas… Y desde allí, jugueteando en ellas, vio a Santos Peralta salir del mar, chorreando, hacia donde tenía el parasol.

Estuvo mirándolo, distraída, mientras se secaba la cabeza. Luego, lo vio recoger sus cosas y alejarse de la playa, lánguidamente. Debía de vivir por allí cerca, porque también iba en albornoz, sin más ropas. Y no era probable que el secretario del gobernador de Salamanca Norte se pasease en bicicleta de aquella guisa por la ciudad. A lo mejor, hasta era vecino de Walkiria López…

Brigitte se quedó inmóvil en el agua, parpadeando. De pronto, nadó hacia la orilla, volvió a tenderse al sol y sacó el catalejo camuflado. Lo estiró, lo envolvió en una revista y lo apuntó hacia el Paseo del Mar, buscando a Santos Peralta… Éste llegaba entonces al Paseo. Lo vio subir la escalerilla de piedra que separaba la arena del Paseo. Luego, cruzó el Paseo. Caminaba hacia la casa de Walkiria López. Sí, sin duda eran vecinos. Claro… Posiblemente, había sido el propio Peralta quien había puesto en contacto a Walkiria y a De Morales para que éste enviase a la rubia a Miami, en busca de un contrabandista de armas.

No. Claro que no. Absurdo. Santos Peralta no tenía por qué participar en algo que estaba tan opuesto a sus principios pacifistas. No había intervenido en la compra de armas, por supuesto…

Y, sin embargo, estaba entrando en la casa de Walkiria López.

Baby dejó el catalejo en el bolso y puso inmediatamente en marcha el receptor. Estuvo todavía unos segundos sin oír nada. Luego, de pronto, la voz de Walkiria López:

—Hola, amor… ¿Lo has visto marchar?

* * *

Santos Peralta se sentó en el mismo lugar que poco antes había estado ocupando André Limoux.

—Así es. Estaba en la playa, y lo vi alejarse por el paseo, hacia el hotel. ¿Qué habéis hablado?

—Sobre el asunto de Tancredo. Y de las armas. Limoux asegura que las tendremos esta noche.

—¿Ya? ¡Magnífico!

—Las descargarán en Punta Azul. Pero he convencido a ese canadiense para que me permita decirle a De Morales que llegarán por Boca Chica, por si hubiese algún traidor…, como Tancredo.

Santos Peralta se echó a reír, divertido, palmeando una mano a la muy escotada y transparente rubia.

—Muy bien, cariño, muy bien…

—Sólo hay un detalle un poco… molesto: Limoux quiere cobrar un millón quinientos mil dólares por adelantado. He tenido que decirle que sí, naturalmente.

—Quizás a Álvaro le parezca mucho dinero. Él debe de estar esperando que esa mujer se las venda más baratas.

—Parece ser que Limoux arreglará eso con Alicia Rosales.

—Por cierto: la he visto.

—¿A esa estúpida?

—Sí. Está en la playa, tomando el sol. Parece que no es persona sociable. Pretendí charlar con ella mientras esperaba que Limoux se fuese de aquí, pero me repelió muy… groseramente. Esa mujer…

—¿Qué?

—No sé… Tiene unos ojos extraños… Me producen una rara sensación. Lo mira a uno como… como si no le importase lo que le decimos, porque puede saber lo que estamos pensando.

—No seas fantasioso, Santos.

—¿Y lo de Tancredo? ¿Quién lo mató? Tuvo que ser ella, ¿no?

—Pudo ser Limoux. Se lo toma todo a broma.

—¿Por qué tenía que matar Limoux a Tancredo?

Walkiria quedó pensativa.

—No sé… —musitó al fin—. Supongo que por nada.

—¿Qué te ha dicho Limoux sobre Tancredo?

—Pues que lo ha enterrado. Sin más explicaciones, salvo una razonable teoría que indica que fue Alicia Rosales quien mató a ese idiota.

—Parece difícil de creer… Aunque no tanto si recuerdo los ojos de esa mujer.

—No creo que pudiese estrangular a Tancredo con los ojos. Hacen falta unos buenos músculos.

—Sí… Y… ¿te has fijado en ella? Tiene un cuerpo tan fino y delicado… Se diría que es incapaz de cualquier cosa parecida. Pero los hechos son los hechos. Nosotros enviamos a Tancredo a matarla a ella, y ha sido Tancredo el muerto.

—Tenemos muchos más «Tancredos» para enviarle si Limoux no la convence a su modo.

—¿Qué modo?

—No lo dijo. Sonreía, y eso es todo. Hizo algunas alusiones simpáticas respecto a compañerismo de contrabandistas, y cosas así. Pero también dijo que no admite bromas, ni sonríe, cuando hay un millón y medio de dólares en el aire.

—Esperemos que él lo solucione.

—Tengo que llevarle el dinero esta tarde. Pasaré a buscarlo.

—Muy bien. Ya nos veremos entonces, pues estaré con Álvaro… Tengo una cita estúpida con unos cuantos hombres que están ansiosos por ser nombrados capitanes, comandantes y cosas así. Me pregunto cómo pueden ser todos tan imbéciles.

—¿Está Álvaro con ellos?

—Tenemos que encontrarnos todos a las doce. Una hora de calma, insospechada. ¡Son todos tan astutos…!

Se echaron a reír los dos. Santos Peralta se puso en pie y se inclinó sobre Walkiria, que le ofreció dulcemente los labios.

—Hasta luego, amor.

—Adiós. No seas demasiado… condescendiente con Limoux.

—Es muy arrogante y hermoso. Pero me gustas más tú. Anoche, él estaba buscando el modo de… retenerme en su *suite*. Me habría visto en apuros para salir de allí sin consecuencias de no ser por la aparición de Tancredo en el lecho. Me asusté de veras.

—Ten cuidado con Limoux. Si se huele la jugada…

—No la olerá. Adiós, Santos.

—Adiós.

* * *

Brigitte estuvo todavía unos segundos escuchando el silencioso deslizar de la cinta. Luego, detuvo la marcha, escondió el aparato en el fondo de la bolsa, se puso en pie, lo recogió todo y se alejó de allí.

Aquéllas, en verdad, habían sido unas interesantes conversaciones. Muy interesantes.

Capítulo VII

Hacia las tres y media de la tarde, sudando copiosamente, mal protegida por la sombra de unas palmeras, la agente Baby estaba todavía a más de diez millas de Ciudad del Norte, casi en la frontera con el vecino país. Había llegado en bicicleta antes del mediodía, tras mucho pensar lo que debía hacer. Ante ella se extendía el mar, de un color azul muy parecido a gris plomo. Ni siquiera las gaviotas se atrevían a volar bajo aquel sol abrasador. El lugar era completamente solitario, y sólo se oía el rumor del mar. En el aire flotaba una especie de cortina de cristal, arrugada, que se movía continuamente.

Llevaba ya probadas veintidós frecuencias, y todavía no había conseguido conexión con ningún agente de la CIA en Colombia, de cuya frontera estaba a pocas millas. Por supuesto, con una radio pequeña, de máximo alcance de unas cincuenta millas, no podía hacer milagros, pero lo estaba intentando. Todo, antes que utilizar el teléfono o el servicio telegráfico de Salamanca. Ya no podía fiarse de nadie.

No, al menos, mientras su memoria fuese buena, y pudiera recordar todavía alguna frecuencia más.

La veintitrés fue la afortunada, y Brigitte estuvo a punto de lanzar un grito de alegría cuando oyó, lejana y entre agudos silbidos, la voz de un hombre, en inglés:

—¿Sí? Adelante.

—¿Quién es usted? —exclamó Brigitte—. ¿Dónde está?

—¿Quién habla? —preguntó a su vez el hombre.

—Agente Baby, de la CIA, destinada en Salamanca. Estoy a menos de seis millas de la frontera con Colombia, buscando conexión… ¿Me hallo muy lejos de usted?

—Es posible. ¿Ha dicho algo de la CIA?

Un agudísimo silbido se dejó oír, hiriendo los oídos de Brigitte.

Fue a hablar, pero otro silbido se lo impidió de nuevo.

—¿Me está usted oyendo? —gritó.

—Siga… La escucho…

—Tiene que llamar a Washington… ¿Puede hacerlo?

—Se equivoca, señora… Ésta es una radio de aficionado…

—¡Está bien, es una radio de aficionado! Ahora, llame a Washington, y pase el siguiente mensaje:

«Agente Baby, en Salamanca, cree oportuna y urgente la llegada del material que se piensa regalar a Salamanca. El material debe estar en Boca Chica antes de las doce de la noche. De lo contrario, Baby no responde del resultado de su misión». ¿Lo ha entendido bien?

—Ni palabra, señora. Mire… Será mejor que vuelva usted a llamar dentro de tres horas, a ver si la entiendo… Hay muchas interferencias ahora. Lo siento mucho.

—De acuerdo —sonrió Brigitte—. Pediré la respuesta dentro de tres horas. Para entonces, procure aproximarse más a la frontera colombiana, y así yo oiré mejor. Corto.

Cerró la radio, se quedó mirando el montaje complementario, y se dejó caer en la arena, derrengada, suspirando.

—Creo que me merezco un baño ahora —habló en voz alta—. Y un par de horas de buen sueño.

Se dio un baño en la solitaria playa. Luego, escondió la radio, sin desmontar los suplementos. Por último, subió a la bicicleta y regresó hacia Ciudad del Norte.

* * *

A las seis de la tarde bajó de su *suite*, fresca y hermosa como una flor, todavía con ojitos de sueño. Disponía de una hora para volver al punto donde había ocultado la radio, a diez millas hacia el oeste. O sea, un bonito paseo a media tarde.

Miró en la terraza, y sonrió al ver a André Limoux, con un magnífico cigarro entre los dientes, echado hacia atrás en la silla, y un enorme vaso de naranja machacada en hielo ante él, en la mesita. Limoux también la vio, alzó las cejas y la saludó expresivamente con una mano, antes de ponerse en pie para acercarse a ella.

—Ma petite… ¿Dónde ha estado usted?

—Durmiendo.

—Oh, sí, ya sé eso… Intenté entrar en su *suite*, como ayer, pero algo hizo usted en la cerradura, ¿eh?

—No quería ser molestada.

—Claro. Pero no me refiero a este rato, sino a toda la mañana. No la he visto ni un segundo Pregunté, pero nadie la había visto durante el almuerzo. La habían visto entrar, salir…, pero nadie sabía dónde estaba.

—Parece que tenía mucho interés en encontrarme, André.

—Oh sí. ¿Quiere un «machaquito»? —señaló el vaso casi lleno de naranja picada, machacada con hielo—. La invito.

—Qué generosidad. ¿Puedo probarlo antes?

—Mais oui —rió André—. El sabor de sus labios en el vaso aún será más delicioso. Brigitte probó la bebida y encogió los hombros.

—Tomaré un «machaquito» —aceptó.

Limoux hizo señas a un camarero, y enseguida regresó su atención a la espía.

—Pues sí… Tenía un gran interés en verla, Alicia.

—Y yo en verlo a usted. ¿No querrá que demos un paseo por la playa, André?

—Con gusto… ¡Con mucho gusto!

—¿Tiene algo que decirme?

—¿Y usted?

—Yo tengo una oferta que hacerle: márchese de Ciudad del Norte ahora mismo. No vuelva jamás a Salamanca.

—¿Eso es una oferta? —sonrió Limoux—. Más bien parece una orden… A menos que me dé algo a cambio.

—Algo muy importante, André: su vida.

El simpático y apuesto canadiense bebió un sorbito de su «machaquito».

—¿Bromea?

—¿Usted qué cree? —sonrió Brigitte.

El camarero se acercaba con el «machaquito». Lo dejó en la mesa, se retiró, y Limoux esperó a que Brigitte bebiera.

—¿Se supone que voy a morir? —sugirió Limoux.

—Es una suposición, en efecto. Pero yo entiendo mucho de esta clase de suposiciones.

—Bien… ¿Y quién querría matarme? ¿Usted?

—Lo haría si fuese necesario. Pero Walkiria López y Santos Peralta ya han decidido que es necesario. Eso creo, al menos.

—Lo cree… ¿Y nada menos que Walkiria y ese bobo de Peralta? ¿Por qué habrían de hacerlo? ¿Y qué tienen que ver uno con otro? No he visto nunca dos personas que puedan congeniar menos que esos dos.

—Peralta estuvo después que usted a visitar a Walkiria. Opino que han decidido no darle su millón y medio de dólares.

—Ya me lo han entregado —sonrió Limoux.

—¿De veras?

—Por supuesto. Y está en lugar seguro.

—¿Qué lugar?

—Un lugar —rió el canadiense—. Vamos, vamos, no sea tan niña cándida. A mí no va a poder engañarme.

—Ya le están engañando. Imagino que usted ha escondido el dinero cerca de Punta Azul, y cuando sus amigos lleguen con las lanchas y las armas, lo desenterrará y se irá con ellos. Como idea no está mal, pero no se lo permitirán. Están haciendo un juego diferente.

—¿Cómo sabe usted eso de Punta Azul? —Achicó los ojos Limoux…

—Tengo buen oído.

André entornó los ojos más todavía.

—¿Buen oído? —musitó.

—¿Vamos a dar ese paseo por la playa?

—Vamos.

—¿Le importa recorrer quince…, no: diez millas en bicicleta?

—Formidable deporte. Cuando usted quiera.

* * *

—¿Le parece que nos detengamos aquí? —propuso Brigitte.

Saltaron de las bicicletas, las dejaron a la sombra, y Brigitte se sentó al pie de una palmera, tocando la arena a su lado y alzando la cabeza para mirar al canadiense.

—Siéntase, An…

Se quedó mirando la pistola que empuñaba Limoux, firmemente

apuntada a su pecho.

—¿Sorprendida? —sonrió él.

—No sea cretino —suspiró Brigitte—. Está jugándose su propia vida, André. Siéntese y déjeme explicarle detenidamente las cosas, tal como yo las entiendo ahora. Seamos amigos.

—¿Amigos? Mire, ma petite, André Limoux no ha tenido amigos jamás. Compañeros de negocios, socios, clientes y proveedores. Pero amigos, ni uno. Ni siquiera usted. Sin embargo, hay algo que me impide matarla ahora mismo… Normalmente, lo haría. Pero… No sé… Creo que, en el fondo, soy un sentimental, capaz de enamorarme. ¿No es una tontería?

Brigitte empezó a sonreír dulcemente.

—Siéntese a mi lado, André.

—Sólo unos minutos. Tengo que ir a Punta Azul, a prepararlo todo.

—Hablaremos sobre eso. Siéntese.

—Muy bien.

El canadiense se sentó, algo alejado de Brigitte. Ella se echó a reír, y se acercó más a él. Alzó los brazos, los pasó por el cuello de Limoux, y susurró:

—Es usted un tonto simpático, André.

—¿Sí?

—Muy tonto, muy simpático… y muy atractivo… No estoy mintiendo ahora, de veras.

—Magnífico.

Brigitte hundió sus deditos en los cabellos del canadiense, que empezaba a sonreír como si de verdad fuera tonto.

—Mon petit —murmuró dulcemente la espía.

Y juntó sus labios a los de André Limoux, con aquella dulcísima suavidad digna de la mejor espía del mundo…

¡Clock!

El golpetazo resonó en su cabeza con fuerza, por sorpresa. Quizá no hubiese perdido el conocimiento si, a seguido, André Limoux no la hubiese vuelto a golpear con la pistola, por detrás, igual que la primera vez, mientras Brigitte le besaba en los labios…

* * *

Cuando abrió los ojos, el sol empezaba a declinar, con furiosos destellos carmesíes y morados. André estaba delante de ella, con un cigarrillo en los labios, mirándola amablemente. Brigitte quiso hablar…, y entonces se dio cuenta de que estaba amordazada. Quiso ponerse en pie, y comprobó que estaba fortísimamente amarrada a la palmera.

—Lo lamento, ma petite —sonrió cariñosamente Limoux—, pero no me gustaba tu juego.

—¡Mmmmmmm…, mmmmmm!

—No consigo entenderte, lo siento —rió él—. Supongo que vas a guardarme rencor por esto, pero cada cual mira sus negocios, no los ajenos. Ha sido estupendo que tú hubieses pensado lo mismo que yo: traerme a un lugar tranquilo, para liquidarme y quedarte con el negocio. Pero, ya ves: yo no voy a matarte. Me conformo con que te estés aquí quietecita mientras yo acabo el asunto. Imagino que tardarás no menos de un día o dos en desatarte, pero… peor sería morir, ¿no te parece? Cuando te sueltes, podrás ir a decirles a tus jefes que André Limoux no admite competencias… ¿De acuerdo?

—¡Mmmmmm!

—Bien… Esto es todo. Ha sido un placer un tanto doloroso conocerte, ma petite, porque eres la mujer soñada —se acuclilló delante de ella—. Ah, te he quitado la pistola. La guardaré como recuerdo de este… amor que siento por una contrabandista de armas. ¿Sabes una cosa? Me habría gustado mucho formar pareja… ¡Habría sido magnífico! Un contrabandista de armas, y una contrabandista de armas, amándose, vendiendo armas juntos… Hoy aquí, mañana en Asia, pasado mañana en Europa, o en África… El mundo y el amor para nosotros dos… Pero no puedo fiarme de ti, a pesar de que te amo. En el fondo soy un desdichado, ya te lo dije. Cuando encuentro algo realmente bueno, no es para mí. Pues sé que no eres para mí. Si te soltase, creyendo lo que tan… convincentemente están expresando tus hermosos ojos azules como el cielo de alta montaña en primavera, sé que me matarías, para vender tú las armas. Es mejor que gane yo, ma petite. Sin sangre.

—¡Mmmmmm…!

—No te esfuerces más. Ah, otra cosa, antes de marcharme. Tenías razón: Walkiria es un poco… gorda. Vamos, no gorda, no… Digamos… bien provista de carnes. Pero ella me paga un millón y

medio de dólares, y tú sólo querías pagarme con mentiras y plomo.

Se quedó mirándola, amables sus negros e inteligentes ojos, tan apuesto y viril, simpático. De pronto, su sonrisa pareció nublarse, entristecerse.

—De todos modos —musitó—, te amo, Alicia Rosales. Buena suerte.

Se puso en pie, subió en una de las bicicletas, vaciló, y desmontó. Volvió a acuclillarse junto a Brigitte, le bajó la mordaza y la besó en los labios, profundamente, tiernamente.

—¡André, tienes que…!

La mordaza volvió a cerrar la boca de Brigitte. Luego, con aquella triste y simpática sonrisa, André Limoux se alejó, llevándose las dos bicicletas, volviéndose en el sillín de la suya y tirando besos con una mano a Baby Montfort, la espía de lujo de la CIA.

No siempre se gana.

Capítulo VIII

Walkiria le tendió ambas manos al verlo.

—Querido André…

El canadiense sonrió y las tomó con una sola de las suyas, por las puntas de los dedos. En la otra mano llevaba una bolsa de lona de colores.

—¿Dispuesta, chérie?

—Desde luego… ¿Ha podido arreglarlo… todo?

—¿Todo?

—Me refiero a Alicia Rosales.

—Ah, sí… Eso está ya solucionado. El señor De Morales debe de estar ya convencido de que esa muñeca no hará tratos con él. No creo que la vuelva a ver. Ni él, ni nadie.

—¿La ha…?

Limoux se pasó el dedo índice por la garganta.

—¡Raaa… aaásss! —sonrió—. Fue en verdad lamentable, pero el negocio es el negocio. Lamentable, sí… Pero supongo que la señorita Rosales ya debía de saber que el contrabando de armas no es precisamente una partida de tenis. Y un millón y medio de dólares es una cantidad importante.

Movió la bolsa de lona, y Walkiria la miró brevemente.

—Es usted un imprudente —musitó—. ¿Lleva ahí un millón quinientos mil dólares, como si fuesen cualquier cosa?

—Ésa es la astucia —rió André Limoux—. ¿Quién va a buscar esa fabulosa cantidad en esta bolsa? Bien, ¿qué dice? ¿Está dispuesta para ir a Punta Azul?

—Ahora mismo.

—Espléndido.

Poco después, los dos se alejaban de Ciudad del Norte, en bicicleta, con las luces encendidas, pues ya era completamente de noche. Llegaron a Punta Azul casi media hora más tarde, dejaron

las bicicletas apoyadas en unas palmeras, y André se acercó unos pasos a la playa, seguido de Walkiria. El canadiense miró su reloj, de esfera luminosa.

—Solamente son las diez menos cinco Quizá tengamos que esperar dos o tres horas, Walkiria. Y he pensado que éste es un hermoso y romántico lugar para que la espera no resulte precisamente aburrida… ¿No le parece?

Abrazó a Walkiria y la besó en los labios, con fuerza. Luego, le dio unos besitos por el cuello y las orejas. Retrocedieron hacia la línea de palmeras y el canadiense se sentó en la arena, tirando de una mano de la rubia salmantina. Ella se dejó caer a su lado, pero cuando el canadiense empezó a tomarse la cosa en serio, le puso ambas manos en el pecho, apartándolo.

—Por favor, André… No ahora… Estoy nerviosa, no creo que sea el momento oportuno…

—¿Nerviosa? ¿Por qué?

—No sé… Para usted, que es extranjero, todo esto no tiene importancia. Pero para mí, lo que suceda esta noche puede ser decisivo… Le ruego que… tenga un poco de paciencia.

Limoux frunció el ceño, decepcionado.

—Bien… Siempre he sido un hombre de gran paciencia. Y, además, creo que tiene razón, Walkiria: cada cosa a su debido tiempo.

Walkiria besó los labios de Limoux, y se lo quedó mirando, sonriente.

—Es usted encantador, André, de veras… Yo espero… espero que no se marche enseguida de Salamanca cuando todo esto haya terminado.

—¿Es una… promesa? —murmuró Limoux.

—Una promesa formal. Yo también deseo lo mismo que usted… Pero tengo la impresión de que pretende marcharse enseguida.

—¿Y por qué tiene esa impresión?

—Por el dinero… Si no pensase marcharse con sus hombres, no lo habría traído.

—Ah… Bueno, no es exacto eso, querida. He traído el dinero para darles su parte. Con la mía puedo hacer lo que me plazca. Y creo que va a placerme mucho quedarme en Salamanca gastando unos cuantos dólares.

—¿En algo especial?

—En nada especial. Sólo espero que sea tan amable de ayudarme en tan grato trabajo. Oh, no lo digo para atraerla con este dinero, pues ya supongo que no es eso lo que le falta a usted, Walkiria. Quiero decir…

Walkiria López apretó sus senos contra el amplio tórax del canadiense, y sus labios, llenos y frescos, se hundieron en la boca de André Limoux.

—Sé lo que quieres decir, André. Si te quedas, yo conseguiré que tu estancia en Salamanca sea el mejor recuerdo de tu vida.

—Chérie…

—Pero no ahora… No, André, por favor, ahora no…

—Très bien —murmuró roncamente Limoux—. Ya he dicho que soy un hombre de mucha paciencia. Primero, los negocios. Y mañana, el amor.

* * *

Hacia las once y media, Walkiria apretó un brazo del canadiense.

—André, me parece haber visto…

—Es cierto. Ésa es la señal, Walkiria. Un momento…

Abrió la bolsa de lona, metió la mano dentro, se oyó crujir de papeles y sacó una linterna. Sin moverse de donde estaba, sentado junto a una palmera, lanzó la señal convenida, mar adentro. A los pocos segundos, en la negrura del mar volvió a brillar la luz de la linterna que había lanzado la primera señal.

—Son ellos —musitó Limoux.

—¿Y traen las armas?

—Por supuesto. Todo un viejo yate abarrotado de las armas que prometí por el millón y medio de dólares. Bueno… Más o menos, claro.

—André, si nos has engañado…

—No, no… Pero quiero asegurarme de que todo va bien.

Lanzó otra señal diferente. Y de nuevo a los pocos segundos recibió respuesta. Limoux guardó la linterna, sonriendo.

—Todo perfecto, chérie: las armas están llegando sin novedad.

—Estupendo, André. Ahora, tiéndete en la arena, boca abajo, con las manos bien lejos de tu cuerpo.

—¿Qué estás dic…? —El canadiense se interrumpió, al ver el brillo de la pistola en la mano de la rubia—. ¿Qué significa esto, Walkiria?

—Obedece. Si no lo haces antes de tres segundos, voy a disparar contra tu estómago, querido.

André Limoux sonrió. De pronto, encogió los hombros, casi riendo.

—Soy un estúpido —exclamó—. Un tonto, eso es. Un pobre tonto. Debí escuchar a Alicia cuando…

—Boca abajo, André.

Limoux obedeció. Walkiria le subió el jersey y le quitó la pistola que el canadiense llevaba en una funda de lona impermeable, completamente cerrada y sujeta algo más arriba de la cintura por un prieto cinturón, también de lona. Luego, fue palpando su cuerpo, hasta notar el duro bulto en el bolsillo trasero del pantalón. Lo abrió, y sacó una pistola pequeña, de cachas de madreperla.

—Dos pistolas —musitó Walkiria—. Eres un hombre precavido. André.

—Ésa se la quité a Alicia Rosales. Es un juguete.

—Un juguete muy peligroso. Ahora, querido, estate quietecito.

Se volvió y lanzó un silbido. André Limoux permanecía tendido boca abajo en la arena, sonriendo tristemente. En verdad que era bastante tonto. Menos mal que había creído buena parte de lo que había dicho la dulce Alicia Rosales…

Oyó la exclamación furiosa de Walkiria, y su sonrisa se ensanchó burlonamente.

—¡¿Dónde está el dinero?! —Casi gritó la salmantina.

—¿No está en la bolsa?

—¡No! ¡Aquí sólo hay papeles!

—¿Papeles? ¡Qué raro! ¿Y esos papeles no llevan numeritos, y la cara de un señor llamado Wash…? ¡Augfff…!

Walkiria le había golpeado en los riñones con la pistola, con toda la fuerza de la rabia que sentía.

—¡El dinero! —aulló—. ¡Quiero el millón y medio de dólares!

—Bonita cifra. Nunca había conseguido… ¡Aggg…!

El nuevo golpe en los riñones dejó a André Limoux un poco más maltrecho que el anterior. Pero continuó sonriendo.

—¡El dinero!

—Está escondido, querida. Soy de los que piensan que cuando el río suena es porque agua lleva su cauce. Y si Alicia dijo cosas feas de ti, quizá tenía algo de razón. Debí escucharla muy atentamente. ¡Pobre niña!

—André, te voy a matar si no me entregas ese dinero…

—Me vas a matar de todos modos, chérie. Así que, para vengarme un poco, jamás te diré dónde está ese dinero.

—¡Lo veremos! ¡¡¡LO VEREMOS!!! ¡Venid aquí!

André ladeó la cabeza, para mirar tierra adentro. Unos veinte o veinticinco hombres esperaban silenciosamente a pocos pasos, entre las palmeras.

A una orden de Walkiria, lo alzaron entre dos de ellos, y otros dos lo ataron a una palmera, con las manos hacia atrás, tirando con fuerza de la cuerda, haciendo sangrar las muñecas del canadiense. Luego, con el resto de la cuerda, le ataron también los pies al tronco de la palmera.

Walkiria se plantó delante de él, amenazadoramente.

—¿Y ahora? —masculló.

—Todo sigue igual, Walkiria.

—¡Félix! —llamó ella.

Uno de los hombres se adelantó. Walkiria le hizo una seña, y él sacó un cuchillo de pavorosa hoja, ancha, de doble filo.

—Mande, ama.

—Enséñale a este hombre algunos de tus juegos con el cuchillo. Empieza por poca cosa. Es muy hermoso, y no quisiera estropearle demasiado el rostro antes de matarlo.

—Sí, ama.

Féliix se acercó a Limoux, apoyó la punta del cuchillo en un costado y, de pronto, apretó. El canadiense se mordió los labios, y su cuerpo se tensó. Sólo eso. Félix lo miró un poco asombrado. Pasó al otro costado y repitió la operación.

Esta vez, Limoux aún se alteró menos. A todo se acostumbra uno.

—Es un hombre correoso, ama.

—Entonces, cambia tu juego.

Félix se colocó delante de Limoux. Apoyó la punta del ancho cuchillo en el estómago y empezó a apretar, lentamente. El cuerpo del canadiense estaba tenso, rígido; palidísimo su viril rostro. Unas

gotitas de sudor helado aparecieron en su frente. De pronto, la cabeza cayó blandamente sobre el pecho, y todo el cuerpo se relajó. Uno de aquellos hombres cogió la bolsa de lona que le tendía Walkiria, señalando el mar. Fue allá, la llenó de agua y la vació sobre Limoux, que se agitó, primero levemente, y luego sobresaltado.

Walkiria le alzó la cabeza, tirando de sus cabellos.

—¿Dónde está el dinero, André?

—En una… casita chiquitita… en Canadá…

Félix alzó de nuevo el cuchillo, pero Walkiria lo contuvo fríamente.

—No. Ese yate está a punto de llegar. Luego seguiremos con esto. Ahora, haced lo que os he dicho. Doce de aquellos hombres se desnudaron, quedando en *slip*. Se metieron en el agua, desapareciendo en su negrura salpicada de luna. Se oía ya el zumbido de unos motores. Casi enseguida, dejaron de oírlos… Pero poco después la blanca silueta del yate fue visible para todos. Los demás hombres de Walkiria se tendieron en la arena, empuñando enormes machetes de cortar caña. André Limoux abrió la boca, dispuesto a gritar a sus hombres el peligro que corrían, pero Walkiria López no le dio tiempo. Le golpeó con la pistola en la cabeza, que al retroceder golpeó también contra el tronco…

* * *

Cuando recuperó el conocimiento tuvo una primera sensación muy desagradable: otro tirón a sus cabellos, que le alzó rudamente la cabeza. Y delante de él vio a cinco hombres, atados con cuerdas gruesas. La visión se aclaró muy pronto, aparte de que las gorras de marino y los chaquetones le ayudaron a identificarlos.

—Lo… lo siento, muchachos… —musitó—. Perdonadme.

Ninguno de ellos dijo nada. Y de nuevo oyó la voz de Walkiria:

—Los vamos a matar si no nos entregas el dinero, André.

El canadiense la miró, ladeando la cabeza, y una de aquellas irritantes sonrisas suyas apareció en sus labios.

—Nos vas a matar… a todos… igualmente, Walkiria. Lo cual… te va a costar… un millón y medio de dólares. No te diré nada…, a menos que aceptes un trato.

—¿Cuál trato?

—Deja marchar a mis amigos. Y cuando ellos estén lejos, yo te llevaré a donde está el dinero.

—¿Crees que estoy loca? Estos cinco hombres volverían a Salamanca a por mí, tarde o temprano… Ah, no, querido… Te haré yo una oferta ahora: los mato a ellos, y te dejo marchar a ti.

—¿Crees que yo no volvería? —rió Limoux.

—Sí. Pero no podrías llegar hasta mí, porque…

—¡No soy tan rematadamente tonto! —exclamó Limoux—. ¡O mi trato, o ninguno! ¡Elige!

—Tú has elegido, André. ¡Id a por las armas! Y traed el camión hasta la playa. Luego seguiremos con este hombre.

Los hombres de Walkiria López pusieron manos a la obra. Estuvieron casi una hora descargando las armas, utilizando el bote de salvamento y vadeando en la orilla tras haber acercado el yate hasta que la quilla se hundió en la arena. Un camión, cuya matrícula no pudo ver Limoux a pesar de intentarlo las fue recibiendo en su gran caja. Luego, una lona las cubrió. Walkiria iba de un lado a otro, dando diversas órdenes respecto al acomodo de las armas, y, sobre todo, de las municiones… Al cabo de hora y media, todo quedó listo para la marcha. El camión partió, y también casi todos los hombres, a pie, desapareciendo tierra adentro.

Entonces, Walkiria volvió a la carga:

—¿Has recapacitado, André?

—No hay nada que recapacitar. ¿Estás haciendo todo esto por dinero?

—En parte. Te diré lo que ocurre. Ahora, tengo que ir a la casa de Álvaro de Morales. Y le diré que no han llegado las armas. Tampoco, naturalmente, habrán llegado a Boca Chica. Con lo cual Álvaro se convencerá de que tú nos has engañado. Y tanto él como sus «oficiales» que me están esperando, se convencerán de que ha habido una traición. Pero, claro, ya no podrán recuperar el millón y medio de dólares…

—Que tú habías calculado iría a parar a tu bolsillo, ¿no?

—Claro.

—Bonito beneficio.

—Hay más beneficios, André. Esas armas que tú has traído, están ahora camino de Salamanca del Sur. No es cierto que allá

también estén comprando armas, pero tendrán estas tuyas, tal como les prometimos. De este modo las tienen gratis y, al mismo tiempo, saben que Salamanca del Norte está desarmada. Ése fue el trato con ellos. Cuando Salamanca del Sur haya ganado la guerra todo estará solucionado. Santos Peralta, por haber sido pacifista, será no sólo respetado sino, de acuerdo al convenio secreto, nombrado primer ministro de Salamanca, sólo por debajo del presidente Arturo de los Ríos. Y él y yo viviremos tranquilos y poderosos en Salamanca.

—País que ya no será independiente, sino de claro tono comunista.

—Ése fue el trato, en efecto. ¿Qué nos importa a Santos y a mí que Salamanca sea una nación satélite, dirigida políticamente desde lejos, si nosotros vamos a ser poderosos? Con Álvaro de Morales, nunca lo habríamos sido tanto. Ni mucho menos, porque De Morales sólo ve a Santos como secretario. Jamás le daría otro cargo más importante.

—Y los del Sur le nombrarán primer ministro.

—Exacto. Primer ministro de un país rico, porque recibiremos subvenciones y préstamos cuya devolución jamás será exigida. Pero vamos a dejar aparte la riqueza del país, y vayamos ahora a por la fortuna personal de Santos y yo. Es decir, ese millón y medio de dólares que te entregué para confiarte. No se lo pedí a De Morales para que tú te lo quedases, compréndelo.

—Eres tú quien no comprende las cosas: estás perdiendo el tiempo.

—Bien… Muy bien, André Limoux. No puedo entretenerme más contigo, de momento, porque tenemos que ir a jugar la última baza… ¿Te interesa?

—Muy poco, la verdad.

—Entonces, te lo diré —sonrió fríamente Walkiria, haciendo señas a un hombre para que se acercase, con un rifle en las manos —. Éste es Agapito. Un gran tirador. Ahora, yo voy a la casa de De Morales, le diré que nos has traicionado, todos se indignarán mucho… Me las arreglaré para llevarlos a la terraza. Y cuando De Morales esté allá, Agapito lo matará con este rifle, a una distancia… conveniente. Será el atentado que ratificará la traición de que ha sido objeto Salamanca del Norte. Y al amanecer, cuando los del Sur lleguen con tus armas, se encontrarán todo hecho: Salamanca del

Norte sin armas, sin gobernador, desconcertada… ¿No está bien pensado todo, André?

—Parece que sí.

—Bien… Volveré en cuanto pueda. Y entonces Félix se las arreglará para convencerte de que debes devolverme el dinero. Quiero advertirte que no habrá miramientos, André. Y cuando Félix maneja el cuchillo…

—¿Y mis amigos? ¿Qué pasa con ellos?

—Serán llevados ahora al yate y dejados en cubierta, bien amarrados. Luego, el yate será enviado mar adentro, con los mandos trabados y una… carga explosiva que hemos preparado. A tres o cuatro kilómetros mar adentro, explotará, y todo habrá terminado para ellos. Pero podrían marchar con vida si me dieses el dinero.

—Sé que mientes. Y ellos lo saben. Y, puestos a morir, chérie —sonrió Limoux—, te fastidiaremos lo que podamos. ¿No estáis de acuerdo, muchachos?

Los hombres de André Limoux se limitaron a soltar un gruñido. Walkiria los miró a todos, encogió los hombros y señaló a tres de los cuatro hombres, uno de los cuales era Félix.

—Tú, Félix, quédate vigilando a Limoux. Los otros dos, llevad a éstos al yate, y ponedlo en marcha. Ya sabéis. Luego, volved con Félix, para vigilar bien a Limoux. Yo volveré en cuanto pueda. Vámonos, Agapito. Tú irás en la bicicleta de Limoux.

Se fueron los dos.

Y dejaron a André Limoux convencido de que lo que había dicho Alicia Rosales era verdad: él era el más tonto de los canadienses… ¿Cómo había confiado ni siquiera un poco en aquella mujer, después de las palabras de la dulce Alicia?

Capítulo IX

—Llevad a ésos al yate —dijo Félix—. Y no os entretengáis demasiado, pues no me fío de éste.

Los hombres de André lo miraron, en silencio, cuando fueron empujados por los grandes machetes hacia el yate. Y el canadiense pensó que debía haberles dicho algo… Pero ¿qué cosa? Ellos y él sabían que estaban condenados a muerte, entregase o no el dinero. Sólo quedaba aceptar la situación, como correspondía a un contrabandista, que sabe siempre que expone su vida.

Mala suerte, eso era todo.

Los vio subir al yate, no sin dificultades, por estar fuertemente atados sus brazos y luego unos a otros, como una cuerda de presos. Poco después, los motores del yate se ponían en marcha, y éste retrocedía lentamente, despegándose de la arena la quilla de la parte de popa. Luego, empezó a girar, sin dejar de ir mar adentro. Por fin, quedó con la proa apuntando a mar abierto, y allá que fue el yate, dejando boquiabierto a Félix.

—Pero… ¿qué es lo que están haciendo esos idiotas? ¿Por qué no han abandonado el yate?

—Otra traición —sonrió Limoux.

El salmantino no le hizo caso. Se acercó a la orilla, y empezó a agitar los brazos, gritando:

—¡Eh! ¡Volved, idiotas…! ¡Saltad del yate! ¡Tenéis que…! Se calló.

De pronto, de golpe, bruscamente. Quedó un instante inmóvil… Luego, cayó hacia delante, hundiéndose de bruces en la espuma de la orilla.

André Limoux quedó atónito, contemplando al caído Félix, a menos de veinte yardas de él. Llegaban las olas, se deslizaban por la orilla, lo cubrían y retrocedían, creando el rumor de agua y arena. Y luego, otra ola, otra, otra… Y Félix inmóvil, como muerto.

Pero no sólo llegaban las olas, procedentes del mar. Algo se movió en las aguas, sobresaliendo cada vez más, hasta que la fina silueta femenina, que parecía desnuda vista a contraluz de la luna, quedó en al arena, junto a Félix.

—Alicia —musitó Limoux—. Alicia, ma petite.

La vio inclinarse y recoger algo brillante de la arena. Luego, caminó hacia él, graciosamente, con menudos saltitos llenos de elegancia. Y el canadiense se echó a reír, sin poder evitarlo.

—¿Es divertida la fiesta, André? —inquirió la dulce voz.

—Creí que estabas desnuda… Mala suerte.

—Siempre llevo un bikini conmigo. Además, tuve tiempo de ir al hotel, a recoger algunas cosas. ¿Estás bien?

—*Mais oui*! —exclamó Limoux—. ¿Qué es ese tubo?

—Un arma que tú nunca podrás tener, canadiense —rió Baby—. Especial para… contrabandistas de categoría.

—Parece un tubo de aluminio…

—Algo así. Oh, que no se me olvide: tus hombres te están esperando en Cayo Limón. ¿Dónde está eso?

—En un lugar del mundo… ¿Están vivos?

—Desde luego. Parece que lo has pasado un poco mal, ¿no?

—Unos rasguños. Pero no entiendo cómo has podido… ¿Qué ha pasado, exactamente?

—Pues temo que tus hombres estén tirando al mar dos cadáveres. Yo estaba en el yate, esperando, desde que oí las últimas disposiciones de Walkiria López.

—¿Las oíste…? Pero ¿cómo, desde dónde…?

Brigitte señaló tronco arriba, Limoux alzó la cabeza, y vio lo que le pareció un dardo, de menos de dos pulgadas.

—¿Qué es eso?

—Un micrófono.

—¿Un mi…?

—Querido, no tengo tiempo que perder, de modo que voy a desatarte. Te quedarás aquí, de momento, mientras yo voy a impedir el asesinato de Álvaro de Morales. Espero llegar a tiempo.

—Pero ¿de verdad lo has oído todo?

—Y lo he grabado.

Acabó de cortar las cuerdas de Limoux, que se quedó mirándola, frotándose las muñecas. Brigitte se volvió tierra adentro y silbó

graciosamente, tres veces… Todavía no había recuperado su total coordinación el canadiense, cuando una sombra se acercó a ellos, llevando una bicicleta en cada mano; en una de las bicicletas, un paquete de buen tamaño.

—Pero… ¡Es Paco-Pepe! ¿Qué hace aquí?

—Cuidando sus mil dólares —sonrió la espía—. Es tan tenaz y ambicioso que pensó que el mejor modo de asegurar su cobro era no perderme de vista. De manera que poco después de marcharte tú dejándome atada a la palmera, él vino y me desató. Y yo he hecho algunas cosas, como, por ejemplo, ir al hotel y recoger ciertos artefactos de uso exclusivo para casos como éste. ¿Te gusta la muñeca?

—Pero ¿qué tiene que ver esta muñeca con…? —André Limoux iba de sorpresa en sorpresa.

—La gané tirando al blanco, en un parque de atracciones. Es un poco fea, pero le había cogido cariño. Lástima que tenga que desprenderme de ella. De acuerdo, Paco-Pepe: llévesela. ¿Está seguro de conseguirlo?

—Sí, señorita.

—Magnífico. No pierda más tiempo. Piense en lo que va a hacer usted: ni más ni menos que el futuro de Salamanca.

—Lo haré, se lo juro. Soy ya viejo, pero todavía puedo ir a buena velocidad en bicicleta, por caminos que nadie se atrevería a recorrer. Y conozco mi país mejor que nadie.

—Pues en marcha. Buena suerte, Paco-Pepe. Y si los dos la tenemos, nos veremos en el hotel. Y no le daré mil dólares, sino cinco mil.

—Si lo que me ha contado es verdad, puede quedárselos. Ya estoy pagado con esta muñeca y sus confidencias, señorita Rosales.

—Así me gusta —rió Brigitte—. Márchese ya.

Paco-Pepe Maravillas montó en la bicicleta apenas llegó a terreno duro, y se alejó de allí pedaleando furiosamente, llevándose la muñeca.

—¿Adónde va? —musitó Limoux.

—A regalar la muñeca.

—Pero… ¡No entiendo nada!

—No importa. Ahora, André, vas a esperarme aquí, mientras yo regreso a Ciudad del Norte en esta otra bicicleta. Pórtate bien.

—¿Pretendes que me quede aquí? —sonrió el canadiense.

—Pues sí… ¿Me devuelves mi pistola, o ella te la quitó?

—Me la quitó. Escucha, ma petite, si tú vas a Ciudad del Norte, este canadiense irá contigo. Tengo que pasarle una factura a la rubia y gorda Walkiria López. Porque es gorda, muy gorda… Gordísima.

—¡De acuerdo! —rió Brigitte—. Podemos ir los dos en la bicicleta. Espera que acabe de vestirme… Del paquete que había en la bicicleta, había sacado sus ropas, y se las puso tras quitarse el mojado bikini, rápidamente, ante el turulato canadiense. Guardó el bikini en el envoltorio y sacó el receptor-grabador, tendiéndolo a Limoux.

—Para ponerlo en marcha, sólo tienes que apretar ese botoncito. Hazlo durante el camino, y así te enterarás de muchas cosas… No. Tú pedalearás, que eres más fuerte. Yo llevaré el receptor, y lo pondré en marcha. ¿Vamos?

—Eres… un torbellino desconcertante. ¿Qué te propones realmente?

—Que Salamanca sea una y libre, con las ideas políticas de Álvaro de Morales. Sólo eso.

—Sólo eso, ¿eh? Pues es demasiado tarde: mi cargamento está ya camino del Sur, en un camión que…

—Que tiene matrícula colombiana. Posiblemente, robado. Ya lo vi. Pero esas armas no llegarán a Ciudad del Sur. En cambio, sí llegarán las mías a Ciudad del Norte.

—¿Las tuyas?

—Sí. No creo que tarden más de un par de horas en desembarcarlas en Boca Chica. Me aseguré de eso por la radio, cuando Paco-Pepe me soltó.

—¿Qué radio? —Casi gritó Limoux.

—Una que tengo yo, para mis trabajos. Luego te la enseñaré… ¡En marcha!

Capítulo X

Álvaro de Morales estaba tan pálido que parecía un cadáver. Y junto a él algunos de los hombres que pensaban apoyarle en la revolución que unificaría Salamanca, no menos pálidos, anonadados.

—Todo está perdido —musitó De Morales—. Todo se ha perdido en una sola noche…

—Quizá no, don Álvaro —dijo Santos Peralta—. Todo lo que ha ocurrido es que ese hombre les ha engañado a usted y a Walkiria. Se ha quedado el dinero, ha desaparecido, y no ha entregado las armas. Eso es todo.

—Pero los del Sur sí deben de tener armas… No creo que a ellos les hayan engañado…

—La culpa es mía —casi gimió Walkiria López—. Quizá no debí fiarme de ese hombre. Pero me pareció tan… tan leal, tan convencido de su trabajo de contrabandista… No sabe cuánto lo siento, don Álvaro.

—No… No es culpa suya, no… Yo la envié a usted a Estados Unidos a buscar a un hombre así… Además, me lo presentó, lo he conocido… Y no se me ocurrió desconfiar de él.

—El mayor error —murmuró uno de los «oficiales»— ha sido, sin duda, darle el dinero por adelantado, Álvaro.

—¿Qué podía hacer? La otra contrabandista, la señorita Rosales, había desaparecido; no podía estar esperando sin saber dónde estaba, ni si iba a volver… Y André Limoux me garantizó la entrega de las armas esta misma noche, en Boca Chica… No, no, Walkiria, no la censuro a usted. Sé que me dijo esa mentira para evitar traiciones, y me parece bien. Lo que ocurre es que ese canadiense, o lo que sea, se ha reído de nosotros…

—Él es un contrabandista internacional —dijo Santos Peralta—. Ha visto que nosotros somos unos pobres diablos, sin experiencia de ninguna clase en estos eventos, y se ha aprovechado. Ahora, tiene

las armas y el dinero… Y se estará riendo de los salmantinos por mucho tiempo. Y aún reirá más cuando venda esas armas en otro sitio… En parte, me alegro.

Santos Peralta recibió una andanada de hoscas miradas, pero no se inmutó.

—Quizá tenga razón, Santos —musitó De Morales—. Desde su punto de vista, la tiene, qué duda cabe. No habrá guerra, ya que cuando los del Sur vengan aquí, no podremos hacerles frente.

—Y entonces De los Ríos convertirá Salamanca en una… colonia comunista —murmuró uno de los «oficiales»—. Salamanca unida…, pero comunista, dirigida política y económicamente desde muy lejos, por gentes que no piensan, ni viven, ni sienten como nosotros.

Álvaro de Morales se tambaleó, como si hubiese recibido un tremendo golpe. Estuvo casi un minuto silencioso, fijos los ojos en el suelo. Por fin, musitó:

—Que alguien vaya a Boca Chica, a avisar a los hombres que están esperando las armas. Que regresen. No tienen por qué pasarse la noche allí… inútilmente.

—Deberíamos intentar algo…

—¿El qué, Calatrava?

—No sé… ¡Algo! ¡No podemos quedarnos así, vencidos sin pelear! ¡Hay que hacer algo!

—Lo haremos —murmuró roncamente De Morales—. Lo haremos. No les será todo tan fácil mientras yo tenga vida… ¿Qué le ocurre, Walkiria?

La sujetó por un brazo, pues la rubia se había inclinado un poco hacia él, como aturdida.

—No sé… Creo que me he mareado un poco…

—Se ha afectado demasiado. Es mejor que se retire. Santos la llevará a su casa…

—No, no… Quiero estar aquí, saberlo todo… Saldré a la terraza un momento. El aire fresco me sentará bien…

Se cogió a la amable mano de Álvaro de Morales, caminando hacia los abiertos ventanales que daban a la terraza. Santos fue con ellos hacia allí, y los «oficiales» pensaron que la terraza no tenía nada de malo. Al contrario. Todos necesitaban un poco de aire más fresco, unos horizontes menos comprimidos que los del salón…

Los primeros en salir fueron Walkiria y Álvaro de Morales. Ella

fue hacia la baranda de piedra y se apoyó allí, vacilante.

—¿Se siente mejor? —inquirió De Morales.

—Sí… Sí, gracias… Me sentaré…

Fue hacia el banco de piedra, rodeado de rosales y petunias, y se sentó, lánguidamente. Álvaro de Morales quedó en pie ante ella, mirándola preocupado.

—Sería mejor que se retirase, Walkiria…

—¿Por qué ha de hacerlo, señor Morales, si está esperando que lo maten a usted? Y la señorita López no quiere perderse el espectáculo…

Hubo una exclamación general de asombro. Todos se volvieron hacia el jardín, unos cuantos escalones más abajo, y se quedaron mirando desconcertados a la espía de lujo.

—Señorita Rosales… —murmuró De Morales—. ¿Qué está diciendo…? ¿De dónde sale usted?

—Detenga a Walkiria López, señor De Morales. Y a Santos Peralta. Ellos son los traidores…

Santos Peralta lanzó un grito de furia y se abalanzó contra Brigitte, con los ojos desorbitados, como trastornado. Lo hizo tan de pronto, tan sorpresivamente para todos, que llegó ante Brigitte, loco de rabia, con las manos tendidas hacia el fino cuello, sin que nadie hubiese podido impedirlo.

—¡Santos! —gritó De Morales—. ¡No toque a…!

La sorpresa.

Santos Peralta estaba dispuesto a estrangular a Alicia Rosales, y sus manos se crisparon por un instante en la bella garganta femenina. Pero llegó la sorpresa… Alicia Rosales apartó hábilmente aquellas manos de su cuello y luego golpeó con las dos suyas, juntas, en el plexo solar del traidor. Santos Peralta quedó como paralizado, excepto aquel paso atrás, como un autómata, envarado, rígido… Entonces, la mano derecha de Baby fue hacia un lado de su cuello, de canto, y golpeó allí, seca, brevemente… Santos Peralta cayó al suelo como fulminado.

—Que no se mueva nadie…

Todas las miradas fueron ahora hacia Walkiria López, que se había puesto en pie y retrocedía hacia los escalones que llevaban al jardín, con una pequeña pistolita en la mano derecha.

—Walkiria… —susurró De Morales—. ¿Qué está haciendo?

—Yo se lo diré, señor De Morales —dijo Brigitte—. Ella y Santos Peralta son los traidores. Y ahora, descubierta su traición, la señorita López quiere escapar. Es simple… Traición, simplemente. ¿No es cierto, señorita López?

—La voy a matar —masculló Walkiria—. La voy a matar, estúpida… Y con su propia pistola… No la quería traer, pero es tan pequeña que puede esconderse bien en cualquier parte del cuerpo…

—Lo sé muy bien —sonrió Brigitte—. Pero le aconsejo que me la devuelva, y que no intente escapar. Si espera ayuda del llamado Agapito le diré que está muerto… Yo misma lo maté, hace unos minutos, con mi tubo-fusil silencioso. ¿Quiere que vaya a traerle su cadáver?

—¿Está usted loca, señorita Rosales? —Gruñó De Morales—. Si no explica ahora mismo…

—¡Cállese! —cortó furiosamente Walkiria—. ¡A usted también lo voy a matar, Morales!

—Ya no necesita más explicaciones —sonrió Brigitte, de nuevo —. ¿No es cierto, señor De Morales?

—Pero…

—A los dos… Los voy a matar a los dos. Pero primero usted, señorita Rosales… ¡Primero usted! ¡La odié desde el primer momento, y voy a darme ese gusto…! ¡No se mueva!

—No me muevo —aseguró Brigitte, siempre risueña.

—La mataré… La voy a matar ahora mismo…

Walkiria López iba retrocediendo, ya en el Jardín. Sus propósitos estaban bien claros: disparar contra Brigitte y Álvaro de Morales, y luego escapar. Su odio tenía que satisfacerse de alguna manera… Su odio personal hacia la bella y elegante espía, y su odio hacia Álvaro de Morales, por todos sus proyectos frustrados…

Se dio cuenta de que algo raro sucedía tras ella justo cuando su espalda se apoyaba en una de las palmeras, y dirigía la pistola con firmeza hacia Brigitte. Vio aquel gesto en todos los ojos, excepto en los de la mujer de los ojos color cielo…

Pero cuando quiso volverse, una mano grande, fortísima, había sujetado ya la suya, apretándola con tal fuerza que ni siquiera tenía fuerzas para apretar el gatillo. El sonriente rostro de André Limoux apareció ante ella.

—Ladrona… Ladronzuela… Esta pistola es de ma petite poupée.

¿Se la devolvemos?

—André…

—He vuelto de la tumba… —sonrió el canadiense—, ¡para llevarte conmigo!

—¡No, André! —gritó Brigitte—. ¡No la…!

Pero el alarido de dolor de Walkiria López fue mucho más potente que su grito. La mano derecha de André Limoux, armada con la navaja de Félix, se había movido, con terrible vigor, mortalmente… El canadiense se apartó de la rubia salmantina, y miró amablemente a Brigitte, que era la única que no miraba con ojos desorbitados a Walkiria, clavada al tronco de la palmera de una cuchillada en el vientre.

—¿Decías algo, ma petite? —inquirió cariñosamente.

—No has debido hacerlo, André.

—¿Por qué no? Era gorda, tenía un gusto detestable para el champaña, ordenó que me torturasen, quería matarme a mí y a mis amigos… Pero, sobre todo, ma petite, quería matarte a ti. Y eso merece la pena de muerte.

Tras recuperarse, De Morales y algunos de los «oficiales» corrieron hacia Walkiria, pero ésta se había derrumbado ya hacia delante, aunque sin desclavarse del tronco, tal era la fuerza con que André Limoux había hincado el cuchillo. Se quedaron sin saber qué hacer, hasta que Brigitte se acercó a ellos y empezó a mover el cuchillo, para arrancarlo. Cuando la llevaban entre cuatro «oficiales» a uno de los bancos de piedra, André Limoux regresaba del centro del jardín, arrastrando a un hombre por un pie, tirando de él con una sola mano, como si tal cosa. En la otra mano llevaba un rifle de buena calidad y un extraño tubo, con el que se suponía debía de haber estado protegiendo la vida de Baby Montfort. Sólo que, al parecer, el canadiense era de los que cobran ojo por ojo y diente por diente. Habían utilizado el cuchillo con él, y por tanto…

Brigitte estaba atando sólidamente a Santos Peralta. Cuando se incorporó, Álvaro de Morales estaba junto a ella, pálido, desconcertado.

—¿Puede explicarme…?

—Con gusto, señor De Morales. ¿Han llegado ya las armas?

—¿Qué… qué armas?

—Las que tenían que llegar por Boca Chica.

—¿Las… las de André Limoux?

—Emmm… Sí. Sí, exactamente: las de André Limoux. ¿No es cierto, André?

El canadiense parecía acostumbrado ya al «modus operandi» de la dulce Alicia Rosales.

—Es cierto, ma petite, es cierto.

—Nosotros creíamos que el señor, Limoux nos había engañado…

—De ninguna manera —sonrió Brigitte—. André es un contrabandista honrado. Le llegarán unas estupendas armas por Boca Chica, señor De Morales. Y muy pronto.

—Bien… Será una guerra cruel, pero…

—¿Guerra? ¿Qué guerra, señor De Morales?

—La… la nuestra… La de Salamanca contra Salamanca…

—Oh, no habrá guerra, no…

—Pero ¡estoy seguro que De los Ríos habrá recibido también las armas que ha comprado! —Casi gritó Morales.

—Ah, sí… Unas armas que llegaron por Punta Azul, de algún contrabandista desconocido… Salieron en un camión, hacia Ciudad del Sur… Pero no llegarán. Paco-Pepe y mi muñeca lo impedirán.

—¿Paco-Pepe y su…? Por el amor de Dios, señorita Rosales…

—Es una muñeca que gané en un parque de atracciones, tirando al blanco… ¿No es cierto, André?

—Sí, *ma poupée*.

Brigitte se echó a reír.

—Por si usted no sabe francés, señor De Morales, le diré que, en su idioma, *poupée* significa muñeca. Y, como le decía, la gané tirando al blanco. Entonces, cuando supe que tenía que venir hacia aquí, pensé: «¿Qué tal si conviniese hundir algún barquito, o volar un camión, o algo así…, cualquier cosa que transporte armas y municiones?». Y me entretuve buena parte de la noche en ponerle cierto mecanismo a mi muñeca… De tal modo, que quedó convertida en una potente bomba, señor De Morales… Sólo hay que mover una palanquita tras conectar dos hilitos, y tirarla al sitio elegido. Entonces, ¡zas!, todo termina. Pues bien: Paco-Pepe, que es un gran salmantino, me dijo que si él iba por unos caminos de montaña que conocía muy bien, tenía tiempo de sobra de esperar al camión cargado de armas, que tenía que dar muchas vueltas por la carretera. Y yo le entregué mi muñeca a Paco-Pepe Maravillas…

—¿Y él… ha ido a volar ese camión… cargado con armas para Ciudad del Sur?

—Exactamente. En cambio, usted va a recibir muy pronto las armas de… de André Limoux, señor De Morales. Sólo espero que sepa hacer buen uso de ellas. Y, por supuesto, André se puede quedar con su millón y medio de dólares.

—Sí, sí, desde luego… Pero… ¿buen uso de las armas, dice usted?

—Eso digo. Puesto que los del Sur no tendrán armas, usted y su «ejército» podrán apoderarse pacíficamente del mando de Salamanca. Una sola Salamanca bajo su mando y su sistema político y económico, señor De Morales. Pero sin guerra. Sin muertes. Las armas, exhíbanlas solamente. ¿Cuento con su palabra de honor?

—Pues…

—Si no hay palabra de honor, no hay armas, señor —dijo secamente la espía.

Álvaro de Morales esbozó una sonrisilla, débilmente. De pronto, sonrió, con fuerza, espontáneamente, con una gran alegría en sus inteligentes ojos.

—Mi palabra de honor, señorita Rosales. No guerra. No sangre. ¿Cómo podré pagarle…?

La espía de lujo de la CIA sonrió como una niña dulcísima.

—Acaba de pagarme, señor Morales. Sin embargo… ¿Puedo pedirle una pequeña propina?

—¿Una propina?

—Sí: no se olvide de Paco-Pepe Maravillas.

—Entiendo… Y Paco-Pepe lo merece… ¿Qué le parece a usted si lo nombramos jefe de los Servicios Aduanales de Salamanca?

—No es mala idea… ¿Nos vamos, André?

—Oh, yo… me quedaré un rato más aquí, para saber si llegan las armas.

—Ah, estupendo… Buenas noches, señores.

* * *

André Limoux desenterró la bolsa que contenía el millón y medio de dólares, la abrió, sacó un puñado de billetes, y sonrió. Lo guardó, cerró la bolsa, se puso en pie…

—Eres un embustero, mon petit.

El canadiense soltó un resoplido y tiró la bolsa furiosamente contra el suelo.

—¿Es que no se te puede engañar, maldita sea mi suerte? —Gruñó.

—La sonrisa… La sonrisa, André… No la olvides nunca. Estamos en una playa romántica, es más de medianoche, hay susurro de brisa marina entre las palmeras… Una sonrisa, por favor.

—De acuerdo —sonrió Limoux—. Pero mis amigos van a disgustarse conmigo.

—¿Pensabas darles su parte?

—Naturalmente.

—Vaya… Me dijeron que eras un granuja, pero celebro comprobar que mis jefes se equivocaron.

—Soy un contrabandista honrado. Está bien, llévales el dinero a tus jefes… Vi las armas, y admito que son mejores que las mías, y que valen más de un millón y medio.

—Bastante más. Pero, mon petit, mis jefes son muy ricos. No se enfadarán si yo regalo esas armas a Salamanca. ¿Por qué han de enterarse de que las he cobrado y que he regalado el dinero a un hombre encantador?

—Estás bromeando… Ahora sí que estás bromeando…

—Mais non, mon peti… El dinero es tuyo. Yo sólo quiero que me des diez mil dólares. Sólo eso. El resto, para ti y tus amigos. Con una condición: no más contrabando. Por ciertas palabras tuyas, adivino tu gran deseo: tener una casita en Canadá, en una montaña, con la nieve siempre ante tus ojos, y esos enormes abetos. Repartiros el dinero y separaros. No más contrabando. Y cualquier día, mon petit, quizá te visite en tu casita de Canadá… Sabré encontrarte. ¿Sí, André?

El canadiense tragó saliva. Sabía ya que aquella muñeca de dulces ojos azules no podría mentirle. Él lo sabía.

—Y yo quería enviarte a Paraguay…

—Precisamente por eso. Si hubieras querido matarme, estarías muerto ahora, André. Pero te has ganado la casita. Ya ves —sonrió —: ahora soy yo quien te envía lejos de aquí…

—A un lugar mucho mejor que Paraguay.

—Para ti, sí —rió la espía—. ¿Regresamos al hotel…, o todavía

tienes algún otro tonto truco en la cabeza?

—No más trucos contigo —sonrió el canadiense—. Es perder el tiempo. Por cierto… Tus diez mil dólares. Te conformas con poco, ¿no?

—Es suficiente.

André Limoux abrió la bolsa, contó aproximadamente diez mil dólares, y los entregó a la espía.

—¿Eso es todo, Alicia?

—Todo. Volvamos al hotel. Y no me llames Alicia, porque, naturalmente, ése no es mi nombre.

—¿Cuál es?

—Pues… Bueno, cuando pienses en mí, puedes llamarme poupée. O, si lo prefieres, baby. Las dos cosas significan lo mismo: muñeca.

—Una muñeca peligrosa —musitó André.

* * *

Paco-Pepe Maravillas estaba sentado en la acera, junto a la entrada del hotel Espléndido. Se puso en pie cuando vio llegar a los dos, y se acercó rápidamente.

—Lo hice —exclamó quedamente—. ¡El camión voló en pedazos, señorita!

—Muy bien, Paco-Pepe. Aquí tiene.

—¿Qué es esto…?

—Diez mil dólares.

—Usted me prometió menos… ¡Y yo le dije que por ese trabajo no quería dinero!

—Ya lo sé. Pero yo no se lo doy por ese trabajo, sino porque me cae simpático. Además, es una especie de… soborno al jefe de los Servicios Aduanales de Salamanca. Así podré sacar algo de contrabando cuando me vaya de este lindo y pacífico país.

—Mi padre —exclamó Paco-Pepe—. ¿Está usted bien, señorita?

—Muy bien —rió Brigitte—. Ah, por cierto: sería conveniente que fuese cuanto antes a la finca de don Álvaro. Tiene algo que comunicarle.

—¿A mí?

—A usted. Buenas noches, Paco-Pepe Maravillas. Estoy muy

cansada, tengo ganas de ducharme con agua fresquita… Ya nos veremos.

—Sí… Claro… Buenas noches.

Paco-Pepe se alejó, y André Limoux se quedó mirando, cada vez más fascinado, a la espía de lujo.

—Te has quedado sin muñeca.

—No importa. Ganaré otra. Me encantan las muñecas. ¿A ti no?

—Bueno… Pues… No sé… Sí, creo que sí. Aunque cada vez que vea una, me acordaré de cierta muñeca morena, de grandes ojos azules y que… ¿Eres realmente peligrosa, o todo ha sido pura suerte?

—Pura suerte —rió ingenuamente la más peligrosa espía del mundo—. ¡Pura suerte! Buenas noches, André.

Este es el final

Se estaba bañando, con su gel espumoso de color rosado. Así, dormiría fresquita, limpita y perfumada. Y sonreía al pensar en la cara que pondría el hombre de la cabina de tiro de Conney Island cuando la viera de nuevo allí… Porque ella quería otra muñeca, desde luego.

Quedó inmóvil, escuchando. Y de nuevo se había dejado la pistolita. ¿Es que nunca iba a escarmentar…?

La puerta del cuarto de baño se abrió. André Limoux entró y se sentó en el taburete, tranquilamente.

—Olvidaste poner tu truco en la puerta esta vez.

—Me estoy volviendo muy descuidada. ¿Has vuelto a coger mi pistolita?

—No, no… ¿Para qué? ¿Cuándo te vas?

—Mañana al mediodía. Avisarán por radio a un avión de la TWA que tiene escala condicional en Ciudad del Norte.

—Ah… Yo me iré más temprano. A las nueve.

—¿Y has venido a despedirte?

—Sí… Mais oui, claro… Aunque… Bueno, estaba pensando algo, y he querido decírtelo.

—¿Qué cosa?

—Lo de Walkiria… Ha sido una lástima, ¿no?

—¿Lástima? ¿Qué es lo que ha sido una lástima? Ahora sí que necesito pintarme las uñas…

—La arena las estropea mucho, es cierto… Píntatelas de ese mismo color. Te sienta muy bien.

—Sí… Lo haré cuando llegue a mi destino.

—Ajá… Pues ha sido una lástima que muriese porque, aunque estaba algo… generosa de formas, no era fea.

—¿Eso opinas?

—Claro. Era bonita. Una víbora, pero bonita. Muy bonita, sí.

Brigitte frunció el ceño.

—¿Dices que te vas a las nueve de la mañana?

—Sí.

—¿Y qué hora es ahora?

—Las dos y media, más o menos…

—Hay tiempo. Pásame la toalla, ¿quieres? Y dime: ¿qué tenía ella que no tenga yo?

FIN

Notas

[1] Como en otras ocasiones, el autor utiliza un país imaginario. <<